



Pedro Antonio Morales

# LA PIEDRA ESCRITA

(Leyenda)

Pedro Antonio Morales

# **LA PIEDRA ESCRITA**

(Leyenda)

Primera Edición

1987

# DEDICATORIA

A MI PADRE:

*Nacido en el corazón de esta tierra, donde los colores y la luz, los olores y los sonidos tienen una mística particular, revolotean en mi memoria recuerdos de otra época.*

*Me parece ver en cada sembrado, en cada montón, en cada era; arrodillado y diligente, hurgando la tierra con sus dedos, al naboria sencillo y dedicado de mi padre.*

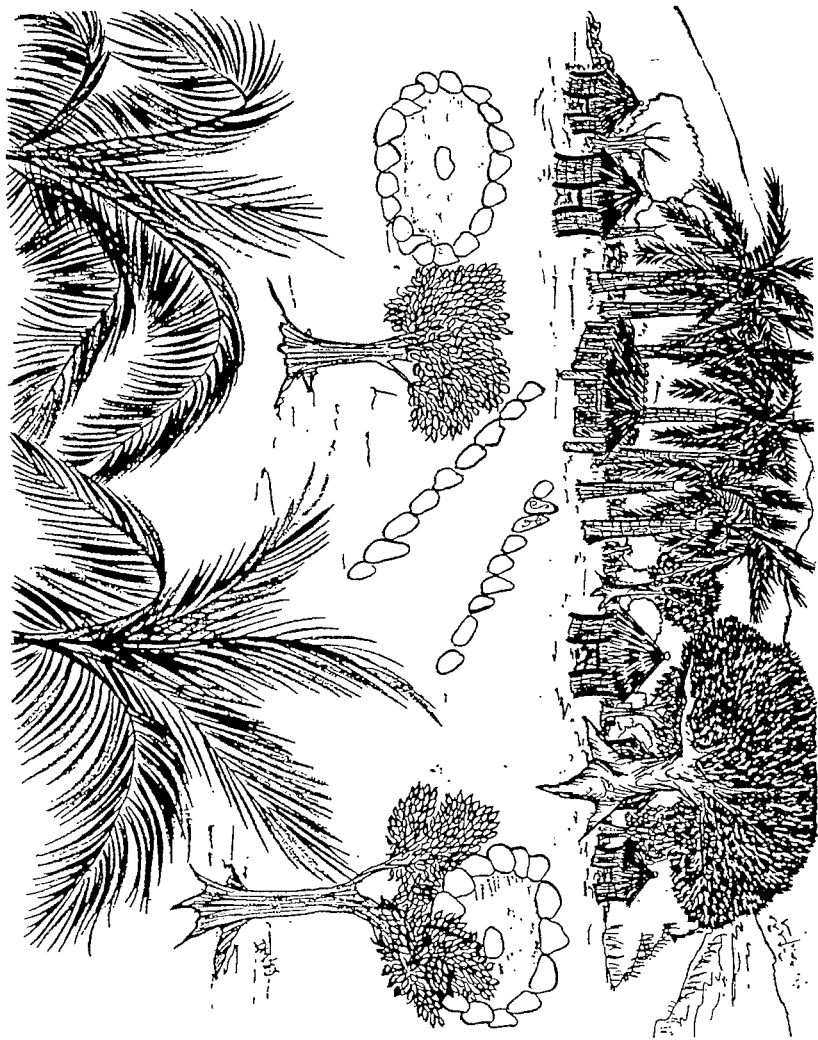
*El, que bañó desde su infancia, con su sudor, la fertilidad de este suelo bendito, supo extraer de sus entrañas el ciento por uno.*

*Su fe montaba residencia en su esperanza. Su amor por esta tierra superó cualquier otro cariño. Lo dio todo por mantenerla y respetarla. A ella se entregó con la alegría y la vehemencia del desposado que reincide con la potencia de su virilidad.*

*Su color, su estatura, su generosidad, su mansedumbre, su tardanza para airarse; su honradez a toda prueba, su fidelidad ... y todos sus atributos que lo hicieron integro, fueron objeto de mi admiración.*

*Jamás he podido olvidar a mi padre, el Cayguaní noble y sereno. A él dedico con toda la alegría de mi corazón y el respeto de mi conciencia, este humilde fruto.*

*Dondequiera que estés en la eternidad sean para ti mi respeto, gratitud y admiración.*



# LA PIEDRA ESCRITA

Hacia abajo del Boquerón, rumbo a Coabey, dejando atrás el pueblo bordeado por el cinturón que el río dibuja, se extiende la llanura del valle. En esa faja de campiña agreste, siempre verde, se desarrolla una de las más hermosas estampas de mi pueblo.

Sus personajes, desnudos como el cielo sin nubes, se mueven de un sitio a otro en su trajín diario.

Anaguatú, la más hermosa de las mujeres de la sabana, llenaba con su núbil inocencia el paisaje exhuberante. Su fidelidad superaba cualquier prueba. Su fama de mujer íntegra era bien conocida. Tan hermosa como tan fiel. En todo areyto de plenilunio, Guatibirí cantaba las endechas dolientes de secretos amores. Los jóvenes guerreros hacían lo indecible por complacerla, por llamar su atención. ¿A cuántos jóvenes había sido negada por esposa? Los que no comprendían por qué Cayguaní había accedido a darla por esposa a Sibauruco, viejo gastado y decrépito que poseía el más grande conuco de sorobei. ¿Sería acaso por eso? ¿Qué dote recibiría en cambio?

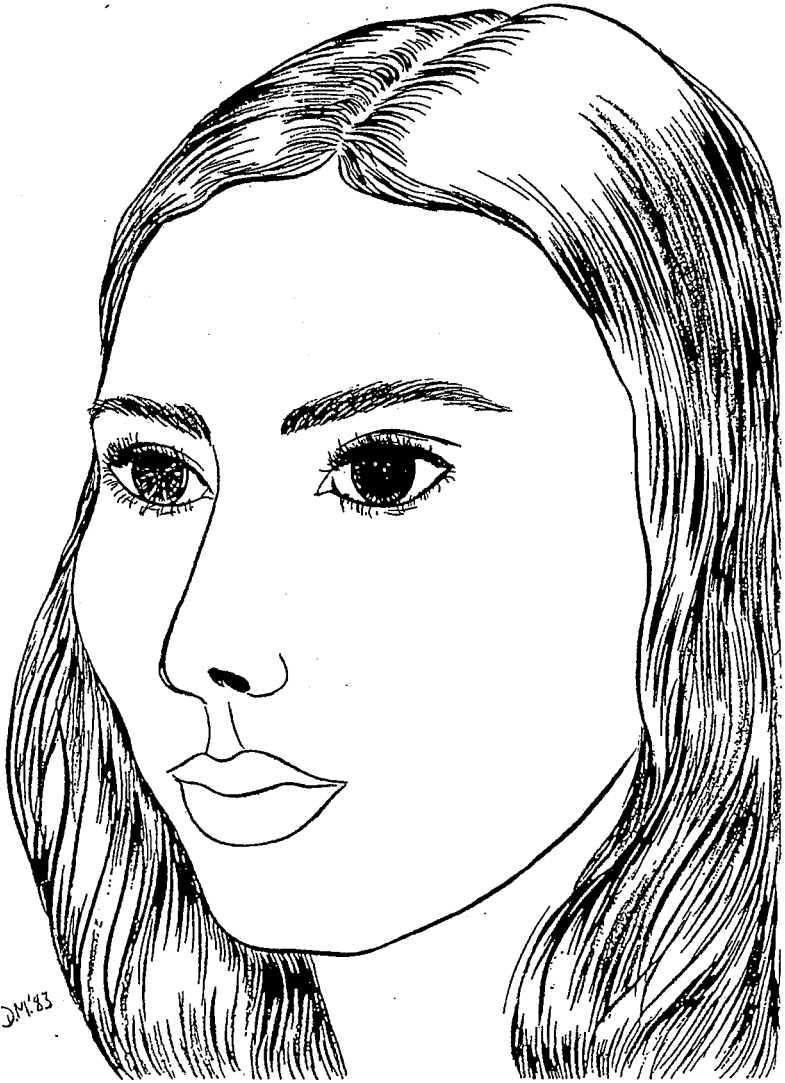
Todos recordaban el día en que Cayguaní y las doncellas llegaron al yucayeque. Les acompañaba Guanaguax, su primo, famoso por sus lides en compañía del valiente Guarionex, en los predios del Otoao. Recién llegados de Jauca fueron muy bien recibidos en el yucayeque del Coibai. Una persona celebró más la llegada de esta familia: Cojibagua, un joven guerrero

soñador y poeta, a quien había subyugado la singular belleza de las jóvenes iguales en todo por ser gemelas idénticas. Su corazón latió con fuerza poderosa al fijarse en las hermosas doncellas, tan bellamente iguales. Ese fenómeno que se despierta en el corazón de los que se enamoran a primera vista había obrado su extraño sortilegio. A la mediana distancia en que sus miradas se habían encontrado, el fuego de ellas, había moldeado una ilusión...

¿Cuál de ellas había despertado tan fuerte y repentino amor? Eran las dos de singular belleza, con sus formas femeninas casi perfectas, donde la desnudez como prueba y señal de la pureza dejaba todo al descubierto. No había nada que esconder al atrofiante germen de la malicia. Ambas parecían obras del mismo cincel, del mismo Guamiquina. Cojibagua levantó su mirada depositándola con ternura en los tímidos ojos de una de ellas, luego en la otra. Guanaguax nota el marcado interés y con disimulada picardía pasa entre ellos interrumpiendo el hechizo. Cojibagua interpreta su gesto y le sonrío. Desde ese momento un sentimiento filial les unió. La amistad que se establece entre ambos es parte importante en los elementos de este relato...

La vida en la aldea siguió su rumbo acostumbrado, y transcurridas varias semanas del encuentro de los jóvenes, Cojibagua ansiaba verlas. Ingeniándose un motivo decidió encaminarse al codiciado bohío. Al llegar las encontró desgranando maíz. Con disimulado nerviosismo las saludó con efusivo gesto. Cayguaní abandonó la lanza que afilaba y le extendió la mano con firmeza. Cojibagua la apretó con respeto. Y volviéndose a las jóvenes, entregó a cada una pequeña y lustrosa jutía. Estas, las recibieron con una hermosa sonrisa. Las colocaron en una amplia canasta y ofrecieron al joven casabe y salsa de ají. La noche caía fresca. Poco después abandonaba Cojibagua el bohío de Cayguaní.

Transcurrió el tiempo y Cojibagua no desperdiciaba oportunidad para verlas. Anaiboa con sus miradas a Anaguatú, sin embargo, Anaiboa se sentía perdidamente enamorada de él. En su interior acallaba el dolor de sentirse tan atraída por este hombre. El respeto a los sentimientos que exteriorizaba el guerrero por su hermana le impedía ser más abierta en su trato con él. Siempre había sido así. Ambas eran igualmente bellas y hermosas, pero Anaiboa se había lastimado su tobillo derecho, cuando



aún: era muy niña. Esto la obligaba a caminar más despacio para disimular su leve cojera que, aunque imperceptible, no pasaba desapercibida a los ojos de los demás. A medida que el tiempo transcurría, la amistad entre los jóvenes era fiel y sincera. A Guanaguax y Cojibagua, buenos amigos como tan buenos guerreros, dondequiera se les veía juntos. Anaíboa empezaba a ser mortificada por la angustia. En su interior de mujer discreta y apasionada, el amor por Cojibagua la atormentaba, pues éste sólo tenía ojos para su hermana, siguiéndola con la vista a todas partes.

Una tarde, mientras Anaguatú recogía unas fresas del camino, Cojibagua le declaró su amor y la procuró por esposa. Pero Anaguatú cándidamente sorprendida, disimulando su mal disfrazado nerviosismo, porque también lo amaba, declinó su petición amorosa. Le hizo saber que su abuelo Cayguaní y Sibauruco habían concertado ya su matrimonio; el que se efectuaría muy pronto: en el acabe de los boniatos. Ante esta noticia, el suelo pareció huir bajo los pies del guerrero. Su frente, tersa y soñadora, dibujó un surco de irrisión y tristeza. La amplitud de su frente se achicó; sombras de angustias nublaron su semblante; y hondo en su corazón, en el silencio de su íntimo dolor, maldijo en el recinto de su alma al viejo Sibauruco que se apoderaba de la que ya era dueña de su atribulado corazón. La miró con dureza y como si quisiera pedirle cuentas a Cayguaní, volvió la espalda y caminó rumbo al bohío. Al acercarse, lo encontró colgando unas hojas de tabaco. Su venerable seriedad le conturbó obligándole a desistir. Anaíboa pareció darse cuenta de la situación y solícita, como una samaritana, avanzó para ofrecerle un calabazo de uikú endulzado con moras, como si en ello estuviera entregando su corazón al hombre que amaba tan profundamente. Por primera vez, en este gesto, Cojibagua al aceptar el ofrecimiento, había tocado las suaves y delicadas manos de Anaíboa, las que le parecieron temblorosas al contacto de las suyas, heladas, con una frialdad de muerte. Miró los ojos de la joven y encontró los suyos en la profundidad de aquellos ojos negros, tiernos y apasionados, con los que había soñado tantas veces. Su mirada le pareció irrespetuosa para con Anaíboa y, casi de un sorbo, apuró el contenido del pequeño higüero. Un acceso de molestosa tos le sobrevino, como si una áspera espátula le raspara la garganta. La poca costumbre y lo fuerte del licor, unido a la rabia con que lo había ingerido,



casi lo afixia. Anaiboa palideció, pero una sonrisa de Cojibagua reciprocó la angustia de aquel gesto doloroso de la enamorada india. Esa tarde fue mezcla de amargura y dulzura para ambos. Sin embargo, Anaguatú, triste y cabizbaja, con su rostro oculto entre sus manos lloró amargamente. Dejada atrás en la dolorosa escena, su corazón se desgarró de pena. Al entrar al bohío miró a Cojibagua en gesto silencioso, mustio, dolorosamente triste. Cajibagua no pudo resistir aquella mirada que hería tan dolorosamente su corazón. Hizo un esfuerzo, recobró su compostura, se despidió cortésmente y se marchó a su frío y solitario bohío...

La noche cayó lenta, pesada, negra. Una mezcla de ira y piedad anegaba el alma de Cajibagua. El desconcierto del grillo y el coquí le exasperaban. Intentaba dormir. Una estrella solitaria guiñaba desde lo alto, en las moradas de Yuquiyú, asomada por un agujero en la techumbre. No podía dormir. ¡Cuántas casas se le revolvían dentro! El crujido de su hamaca era más molesto que de costumbre: seco y morbosos, insoportable...

La noticia del futuro matrimonio de Anaguatú y Sibauruco le torturaba. ¡Si sólo fuera una pesadilla que al despertar cesara! Pero no, estaba ahí, como una macabra jugarreta del destino, en un ambiente tenso, como hacha de vencedor oscilando amenazante ante los ojos del vencido. Su corazón empezaba a marchitarse...

Por un momento la templanza volvió a su corazón; recapacitó: ¿Cómo era posible que eso le ocurriera a él, que había resistido todos los dolores? Ahora se rendía ante lo que creyó un capricho del destino. Se estiró en su hamaca. Un múcaro se burló a lo lejos repetidamente...

Un profundo dolor, como una puñalada en el hombro, le hizo sacudirse en la hamaca. El canto del pitirre mañanero le avisaba: otro día asomaba su rostro. Le sorprendió lo pronto que amanecía. Se sacudió el brazo adormido por la incómoda posición de la noche pasada. Se encaminó al río donde acostumbraba espantar el sueño y recuperar fuerzas. La frialdad del agua le despertó. Salió nuevo. . .

Ya un bohío lanzaba al aire su primera bocanada de humo mezclándose con la neblina mañanera. Las tareas de un día más de trabajo se iniciaban en el yucayeque.

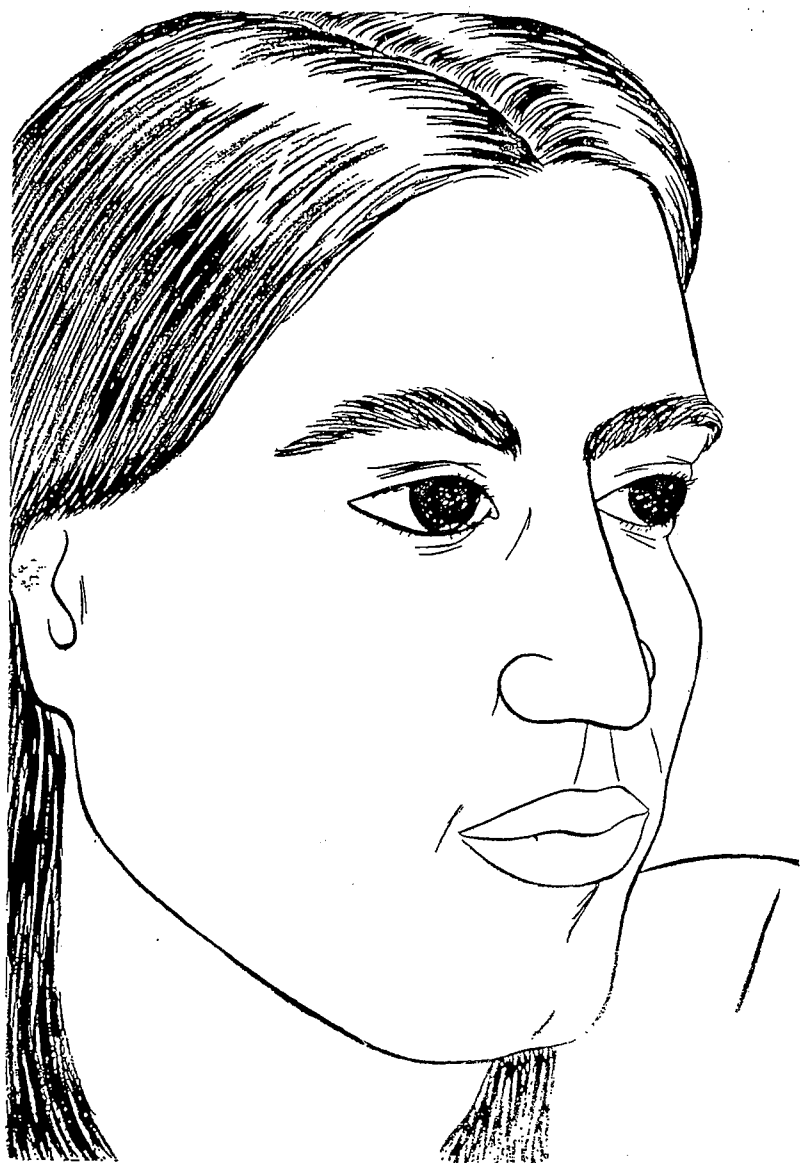
Muchos días pasaron. En el alma de Cojibagua una mezcla de sentimientos agitados perturbaba su ánimo. Cada vez más próxima la boda de Anaguatú, tornaba el ambiente amargo y desesperante

para Cojibagua. Este no había vuelto a visitar el bohío de Cayguaní y deseaba con fuerzas verlas. Ideaba como hacer para visitarlas. Un día mientras se acercaba al bohío un fuerte aguacero le sorprendió en el trayecto, obligándole a resguardarse en él. Las atenciones de que fue objeto de parte de Anaiboa le preocupaban: empezaba a gustarle su presencia. Se parecían tanto, pero en el fondo de su ser notaba que su corazón latía por Anaguatú de una manera distinta. ¡Cómo deseaba verla! Su ausencia era tan dolorosa como la asfixia. ¿Dónde estaría?, se preguntó en sus adentros. ¿Por qué no había salido? ¿Qué estaría haciendo? Aunque la presencia de Anaiboa mitigaba su pesadumbre, el deseo de ver a Anaguatú se revolvía en su corazón como un gusano al fuego. Lo triste era que la perspicacia de Anaiboa descubría su preocupación, sumiéndola en una mal disimulada melancolía que la hacía aparecer más bella. Una mezcla de muchos sentimientos arrasaba el alma de Cojibagua. Aquella tarde abandonó el bohío de Cayguaní con la tristeza de no haber visto a Anaguatú. Después del aguacero la noche cayó clara y serena, una luna pálida y seca embrujaba el paisaje. Desde la puerta siempre abierta de su bohío, Cojibagua miraba con tristeza el turey. ¡Cuántas ideas revoloteaban en su mente! ¡Cuántos personajes procuraban el primer lugar de sus pensamientos! Entrecerró los ojos procurando descansar, pero en vano. Los rostros de Anaiboa y Anaguatú, en vertiginosa sucesión, pasaban ante sus cansadas pupilas acosándolo. Así estaba cuando le pareció escuchar una voz. Puso mayor atención. Efectivamente, escuchó la voz del pequeño Dajilí llamándole desde el camino. Vino a decirle que Anaiboa le esperaba en el arroyuelo. Se levantó de un salto y corrió al encuentro de la india. El corazón le latía con fuerza mientras corría cuesta abajo. Consideraba qué cosas podrían haberla obligado a procurarlo. Sus temores acrecieron al notar que Guanaguax la acompañaba. Al llegar a la pareja, saludó con fraternal entusiasmo a Guanaguax, y volviéndose a Anaiboa la notó angustiada.

— Anaguatú está muy enferma-, le dijo.

—¿Qué tiene? - preguntó con desesperación Cojibagua. Anaiboa controló un sollozo, luego dijo: -No lo sé. Hace tres soles que el espíritu del mal la posee y no se levanta. El fuego se le sale por la piel. Pide que vayas a verla.

Cojibagua volvió atrás por su garrote, en forma de lanza, y luego se puso en camino hacia el bohío de Macabí, donde Anaguatú yacía enferma.



La luna se esmeraba en iluminar el arenoso sendero. La lentitud de la marcha de Anaíboa desesperaba a Cojibagua, que deseaba poder volar para llegar cuanto antes al ansiado bohío. Ni los ruidos de grillos y coquíes le distraían con su destemplada orquesta. La hermosura de la noche pasaba desapercibida. Cada quien iba entregado a su propio pensamiento. ¡Cuánta angustia había en sus corazones! Un tiempo después llegaron cansados y sudorosos, corriendo casi, al bohío de Macabí. Un silencio mortal se había adueñado de la casa. En el batey, acurrucado junto a un tronco de maga, un gozque o perro mudo, enseñaba los dientes incapaz de ladrar. En el interior, un lúgubre sosiego merodeaba dibujando grotescas sombras en los tiznados tabiques de yaguas. El barrido soberao, iluminado a duras penas por una antorcha de tabonuco, que parpadeaba con desconfianza, ahumando con fruición la ya negra techumbre. Cayguaní, el anciano abuelo, sentado en un ture de viejo maderamen, delataba la presencia de la muerte. Al ver a los recién llegados trató de incorporarse. Anaíboa pasó de largo, entrando al aposento. Regresó luego en compañía de Macabí, el viejo curandero, quien haciéndole un gesto a Cojibagua, le indicó que pasara al aposento.

Allí quedaron a solas los amantes. Ambos enfermos. Anaguatú, asando en fiebre que la postraba y Cojibagua muriendo de amor. En silencio estuvieron por un rato. La mano de la joven entre las fuertes manos del guerrero. La alta fiebre y la fatigosa respiración de la enferma hicieron que el guerrero se inclinara sobre ella besándola en la frente empapada de sudor. Buscó un pedazo de tela y comenzó a secar el sudor que corría por el rostro. Mucho rato estuvo cuidando de ella, hasta que adormilado se rindió momentáneamente al sopor. La mano que aprisionaba entre la suya le sobresaltó.

-¡Te amo! -, le pareció escuchar como un susurro. - ¡Siempre te he amado ¡-volvió a escuchar.

Como si no quisiera dar crédito a sus oídos, entreabrió los ojos; le parecía estar soñando. Anaguatú, con una débil, pero hermosa sonrisa le observaba. La alegría le hace ponerse de rodillas.

Y ella prosigue-Anaíboa también te ama mucho. Me lo ha confesado. Hemos decidido respetar tu amor. Que no seamos rivales. Mi abuelo lo sabe y ha accedido acatar la decisión que hemos tomado. Pronto irá a notificarte mi sentir a Sibauruco. Mi decisión será respetada mientras no me case con nadie más.- Apretó los ojos y se quedó en silencio.

-¿Pero, que será de mí? -protestó Cojibagua con desespera-

cion, como si le hurgaran dentro del pecho con afilada flecha, con saña cruel.

-Yocahú entienda y bendiga nuestro sacrificio-susurró Anaguatú, como si aquel fuera su último hálito de vida. No dijo mas. Cerró los ojos; parecía no respirar. El mancebo llamó a Anaiboa, la que entró enseguida acompañada de Macabí.

Con el agua que habían colocado afuera, al sereno, con hojas y raíces en una tinaja, fueron bañando la frente y el cuerpo lentamente con la olorosa infusión. El toque frío devolvió a la enferma a su doloroso estado y abrió de nuevo sus ojos. Cojibagua fue precisado a abandonar la habitación. No opuso resistencia. Al sentir la mano de Anaiboa en su brazo se dejó llevar, aunque la miró con extrañeza.

Guanaguax; Cayguaní y Dajilí estaban afuera de la choza. Hablaban en voz baja. Callaron al acercarse Cojibagua. Le preguntaron con un gesto. Otro gesto recibieron por respuesta.

Era tarde ya. La luna pintaba todo en mitad del cielo de un amarillo pálido como el oro del río. No había nubes, pero el semblante adusto y sombrío de aquellos hombres presagiaba tormenta. Noche triste...

En el aposento sonaba el ruido de voces calmadas. Hasta le pareció escuchar que alguien reía en voz baja. Tiempo después, Anaiboa salió de la habitación con una cándida sonrisa de esperanza.

- ¡Todo ha cambiado! ¡Cedió la fiebre! Pidió de comer y ahora duerme:-Cojibagua la acarició con los ojos y le sonrió. Ella le correspondió dichosa.

El nuevo amanecer era esplendente. Todo era muy hermoso. El rigor de la noche pasada se manifestaba en el semblante del apuesto guerrero.

Pasaron los días. El areyto del acabe se acercaba. La cosecha había sido abundante. Yuquiyú sería loado. El agradecimiento a Boiniaex por la salud de Anaguatú tomaría lugar en la ceremonia.

Por fin llegó el gran día. Todo se llenó de ambiente festivo. Gran algarabía se esparcía por el Coaibai... El uikú abundaba noche y día. Las mujeres lavaban y rallaban la yuca a la orilla del gran charco. Su esfuerzo no daba abasto por el consumo frecuente. Entre ellas, Anaguatú y Anaiboa rallaban yuca para el casabe. Los tambores, guajeyes y maracas llenaban el aire de tonos arrítmicos.

El día era hermoso. De repente, un grito desaforado hen-

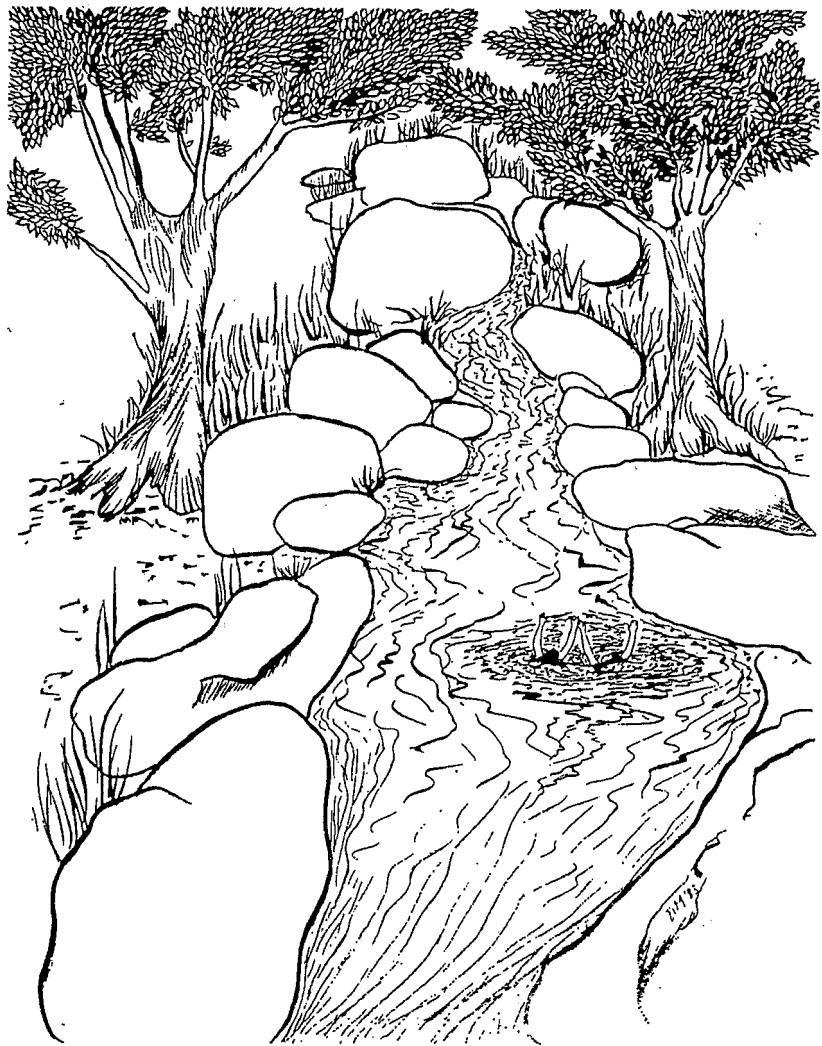
dió el espacio, como flecha lanzada por fuerte brazo y tenso arco. Todo el yucayegue se puso en carrera en una misma dirección, hacia la ribera del gran charco de donde había venido el grito de socorro, la llamada de auxilio. El charco cobraba otra víctima. El corazón de todos latía con fuerza.

¿Quién sería esta vez? Esa era la interrogante.

Había poco espacio en el borde del acantilado y muchas mujeres trabajando juntas, con el apuro característico de estas circunstancias. Anaíboa fue a caminar por el borde del charco con su tigüero lleno de yuca rallada, resbaló y fue a caer al charco, cerca del remolino. Debió golpearse al caer, pues buena nadadora como era, no hizo movimiento alguno y el remolino la arrastraba con fuerza, goloso. El tenebroso charco que tantas víctimas había cobrado, con aquella boca oscura e insatisfecha por la que el agua se precipitaba con violencia, amenazaba con tragarse también a Anaíboa. Anaguatú no esperó más. Al ver que su hermana era arrastrada por el remolino, salto al agua y nadó hacia ella tratando de librarla de la muerte segura a la que se acercaba. Nadó con fuerza inusitada, agarró a su infeliz hermana tratando de nadar con ella hacia la orilla, pero la presión era superior a sus fuerzas. La cuerda utilizada para estos casos, gastada y débil, cedió a la presión del remolino, rompiéndose. Los dos cuerpos se precipitaron desapareciendo en la vorágine implacable.

La desaparición de las gemelas en el remolino fue lo que produjo aquel grito desgarrador que puso en carrera a todo el yucayegue.

Cojibagua escuchó aquel grito y, sabiendo que Anaguatú y Anaíboa estaban entre las mujeres, corrió avasalladoramente. Llegó al borde del charco; miró con desesperación, buscando en todos lados a las hermanas y no las vió. Preguntó por ellas, la respuesta que obtuvo le heló la sangre. Sin esperar más se lanzó al agua, cercenando con su potente vista las profundidades del charco. Sus ojos sagaces penetraban las oscuras aguas con afán angustioso, buscando con rapidez el objeto de su tortura. Nada se descubría a sus ojos. Las aguas lo sepultaban todo. Mientras nadaba con desesperación, deseaba aunque fuera rescatar sus cuerpos y contemplarlos por última vez. Todo estaba en silencio, solitario, muerto. Las sombras tenebrosas en las aguas dibujaban macabras y burlonas siluetas. Cojibagua se apegaba temerariamente a una esperanza. Sus pulmones casi explotaban, obligándole a salir a la superficie. ¿Cuántas veces



había repetido la acción de entrar y salir del agua, agitado y decepcionado? Notaba con angustia que la tarde transcurría y que la noche se precipitaba. Ironía. ¡Cuánto había deseado la caída de la noche para disfrutar en compañía de ellas los rigores del baile! ¡Qué deliciosa necesidad de tenerla cerca!

¡Ay, Yuquiyú, cuánta desdicha ahora! ¡Dónde hallar reposo para su espíritu y consuelo a su pena!

El temblor de su cuerpo por la frialdad del agua le hacía parecer inseguro. Sus compañeros en la búsqueda, cansados, infructuosos, habían desistido dejándole solo.

Guanaguax, con una cuerda nueva entre sus manos, le avisaba lo próxima que estaba la noche y lo inútil de seguir adelante con aquella deprimente tarea. Por respuesta recibió una fría mirada, de ojos enrojecidos por el esfuerzo bajo el agua.

Incapaz Cojibagua de abandonar la búsqueda, trepó ágilmente por uno de los salientes del acantilado y gritó desesperado. Su doloroso acento rebotó de roca en roca.

- ¡Ay, Yuquiyú, desventurado de mí! ¿Cómo podré consolarme? ¿Qué endiabladas maboyas se han ensañado conmigo? ¡Para mí no habrá sol en la mañana, el día pasará hueco y vacío! La lluvia no caerá sobre esta tierra con la ternura de otro tiempo. El coquí cambiará su canción en la noche y marojo con su pálida luz no volverá a incitar jóvenes al romance. Su luz caerá sangrienta sobre la tierra mustia. La campiña no parirá su abundancia. ¡Ay, Gran Guamiquina de todas las cosas! ¿Quién podrá aliviar el dolor que me consume? Estas oscuras aguas se han convertido en el coibai de mi amor y mi dicha! ¡Oh, boca insaciable que ha tragado lo más bello y hermoso de esta tierra! ¡Anaiboa! ¡Anaguatú! ¡Alegría y fuerza mías, con qué gusto hubiera dado mi vida por salvaros!

El guerrero enmudeció de pronto, como si le faltara el aliento. Los ojos cerrados, apretados los dientes.

- ¡Yuquiyú, te suplico, óyeme! ¡Siempre he sido lo que quieres que sea! ¡Oye mi ruego! Haz que esta boca sedienta e implacable no vuelva a atormentar a nadie. Que este coibai no vuelva a ser tumba de nadie. Ciérrale para siempre, y dispón de mi vida si te place... Que los hermanos de otros tiempos futuros conozcan la historia de estas piedras, el dolor de mi ánima, toda mi incomparable angustia. ¡Ah, hermano sapo, de cara fea y espíritu magnánimo, que tu voz ronca custodie



este recinto y lo haga inviolable. Mukarú solitario, que en las noches te ríes del temor de los hombres y sacias en otro tu apetito, no calles nunca. ¡Cocuma de la noche, que apagas de repente dejándome en tinieblas dispuesto a maldecir, vuélveme a la luz! ¡Dame la razón que pierdo! ¡Qué mis ojos vean cumplida mi deseo! ¡Qué turey cierre esta implacable boca!

¡Que nadie más comparta esta tumba que se tragó mi dicha, oh, Guamiquina...!

Los tristes conjuras de Cajibagua derramaban su tristeza sobre las vecinas que acudían a consolarlo. Mujeres y hombres, jóvenes y ancianos; todos mostraban su profunda tristeza. Bien conocían al guerrero y a las doncellas. Sombrío y adolorido, el infeliz Cojibagua, miraba a todos lados. No se detenía en nada ni en nadie, como si estuviera enajenado.

Poco a poco volvió a quedarse solo. Guanaguax, como una estatua con la soga enroscada en sus brazos, y éstos doblados sobre el pecho, lo miraba solemnemente.

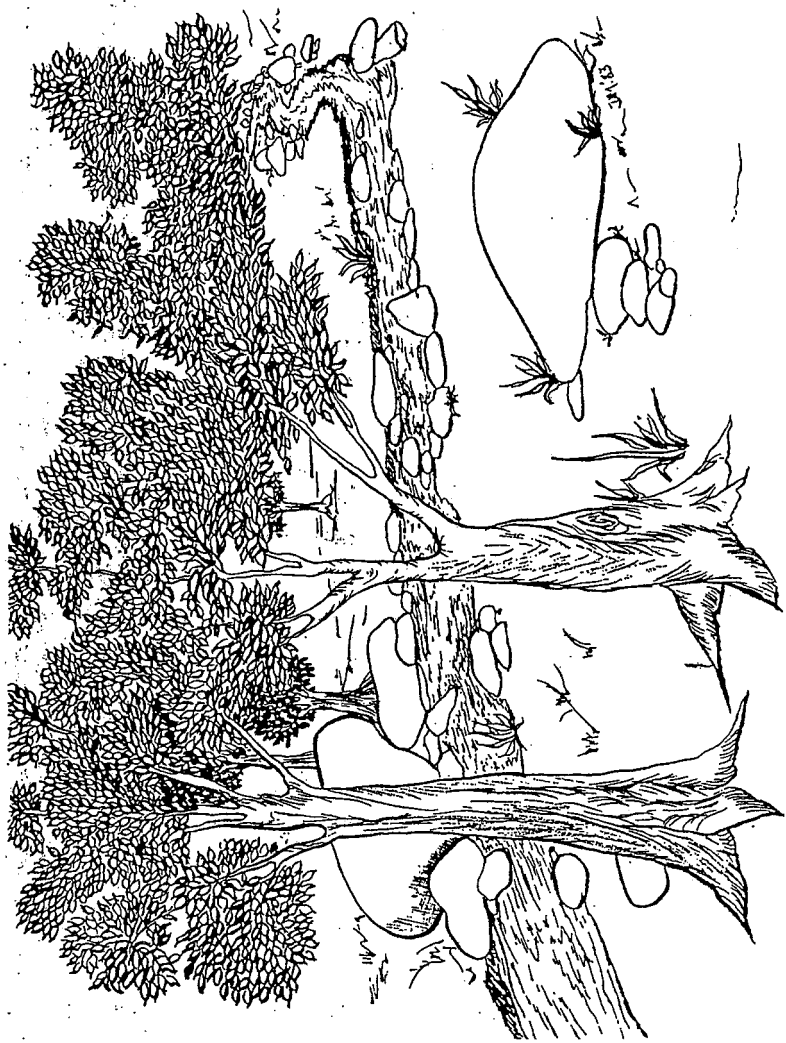
De repente, el fuerte retumbar de un trueno estremeció el acantilado. El cielo, con la caída de la noche se había puesto oscuro, y pesadas y negras nubes flotaban con lentitud. Un rayo surcó el espacio congestionado. Amenazaba llover. El guerrero permanecía ajeno a todo. No se inmutó cuando gruesas gotas caían sobre su cuerpo desnudo y recio. El charco empezaba a recibir gotas que, como invisibles piedrecitas, salpicaban su superficie. Todo se ennegreció de pronto. La orquesta de coquíes y cigarras se desconcertó.

A empujones casi, Guanaguax logró conducir a su atribulado amigo a lugar seguro, en el bohío de Cayguaní. La tristeza que le embargaba parecía aturdirlo. La lluvia caía con fuerza sobre la techumbre del bohío. Un viento frío azotaba violento, obligando a resguardarse mejor. La lámpara de resina de tabonuco y yagua parpadeaba insegura. La noche era cada vez más lúgubre. Los relámpagos hendían el cielo como latigazos en la cara de un ídolo. El chasquido del rayo y el retumbar del trueno eran fieles emisarios de Jurakán. La lluvia no cesaba ni un momento. Las gotas caían como piedras sobre el bohío. Hacía mucho rato ya que llovía. Salían torrentes por todos lados. Y por entre el constante gotear de la lluvia, de repente, coma un retemblor de la tierra, que hizo crujir árboles y piedras a su paso con fuerza arrolladora, el

río volcaba su torrente desbocado rugiendo con fiereza. Su turbio caudal brillaba a la luz de los relámpagos como un mar embravecido. Cojibagua recobró su compostura. Le parecía aquella noche la que pintaban sus ancestros en los australes y antiguos areytos, cuando los gemelos de Itiba Cahubaba derramaron la gigantesca calabaza de Yaya, llenando de agua toda la tierra y creando el mar. Noche terrible. Ningún ave, insecto o bestia, osaba abandonar su refugio. Varios días estuvo lloviendo con furia inusitada. Él valle quedó bajo las turbias aguas. Los vecinos se vieron precisados a trepar, aterrorizados, a las partes altas para salvar sus vidas. Y cuando ya parecía inminente el fin del mundo, dejó de llover. Los surcos en la frente de Cojibagua se alisaron, suavizándose. El anciano Cayguaní, que había caído en trance de postración nerviosa desde la tragedia, no parecía reponerse, permaneciendo con los ojos cerrados. Guanaguax, ensombrecido, evitaba la triste mirada de su amigo, cuya tristeza aumentaba la suya.

Amaneció otra vez. Este amanecer era sin lluvia. La hinchazón del río cedía poco a poco y con ello fueron apareciendo rocas y plantas de la orilla. El cielo fue despejándose y a ratos, el sol asomaba entre las nubes. Cojibagua fue bajando con lentitud hacia el charco, a medida que las aguas descendían. Le llamaba la atención el torrente estrellándose contra algo, a la cabeza del charco, justo donde antes había estado el terrible remolino. La resistencia era tan completa, que hacía que el torrente se elevara cayendo con fuerza sobre las caras del acantilado, como si una cascada cayera del cielo. El guerrero observaba la majestuosidad del torrente, la gran crecida. Poco a poco devolvían las aguas lo que habían dominado. Desde el lugar donde de pie esperaba Cojibagua que las aguas volvieran a su nivel, observó con asombro, que allí, sin saber de dónde, empujada por la fuerza de la creciente una enorme piedra tapaba la boca del Coaibai.. Ya no había remolino. Ahora, a pesar del torrente, las aguas corrían tranquilas entre dos caras de dura roca. Una sonrisa se dibujó en el rostro del complacido guerrero, que en señal de agradecimiento, levantó sus brazos al cielo y exclamó jubiloso: - ¡Yuquiyú, Yuquiyú, bendito seas!...

Una mañana, de pie sobre la enorme piedra, buscó con insistencia en las profundidades del charco, pero como de costumbre, nada descubrió. Dirigió su mirada al cielo, el sol



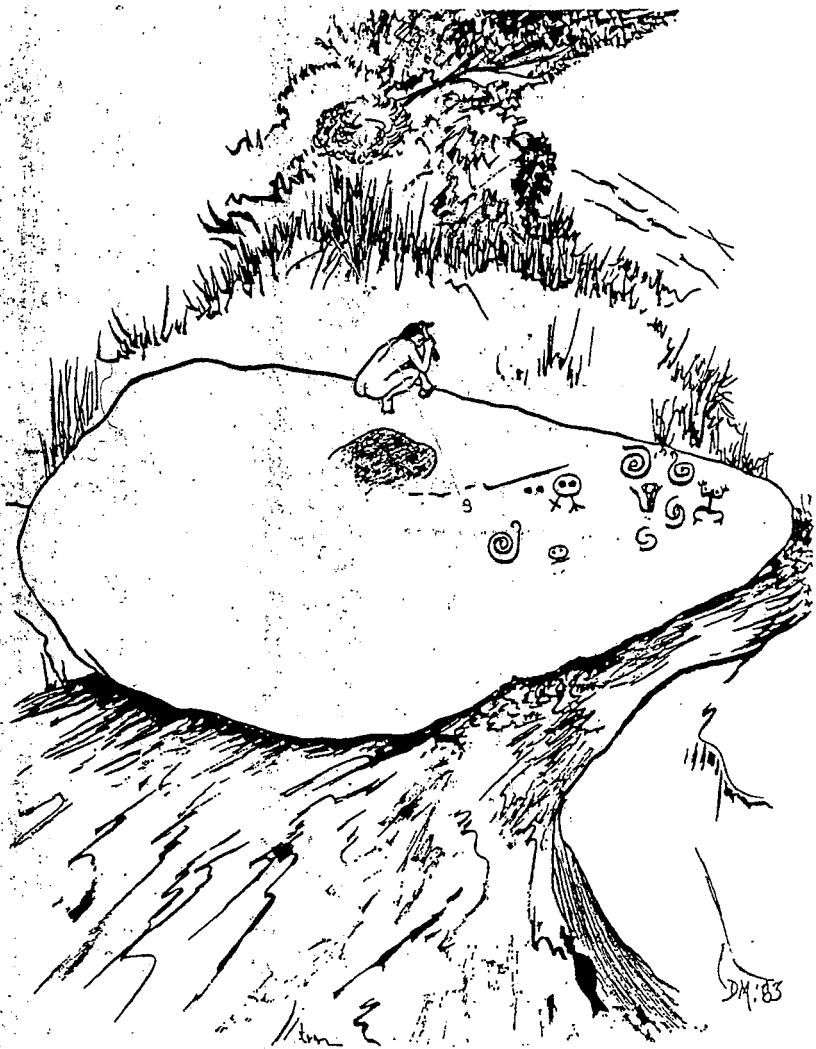
estaba alto y brillante, el fulgor le hirió los ojos, bajó la vista y se arrodilló sobre la roca con los ojos cerrados, en silencio. Así estuvo un rato; luego, respondiendo a un impulso, prorrumpió en un extraño y emotivo canto, como a los dulces acordes de lejana y exquisita flauta. Quien oyó su canción se detuvo a escucharla. Jamás areyto alguno sonaba tan hermoso y tan tierno. ¡Qué profundo silencio demandaba su cántico! Las mujeres lloraban, los hombres apretaban los dientes mirando a lo lejos, los niños no jugaban. El yucayeque entero aumentó su respeto por el guerrero que con tanto dolor lamentaba la pérdida de su amada. El sufrimiento pareció aclarar la madurez de Cojibagua. Y días después, sobre la dura piedra se le oyó martillar con insistencia. Extraños caracteres fueron saliendo a fuerza de cincel y martillo. Un doloroso mensaje, a manera de epitafio, se escribía sobre la dura superficie. En aquella piedra taladró todas sus ilusiones, sus sueños y esperanzas. Habló a Narojo, a Turey, a Yuquiyú, a Jurakán y Maboya, a Jupía y Guabancex, Yuboa y Seme. Lentamente surgían aquellos rasgos que denunciaban su pena. La historia de su amor trunco por la fatalidad o envidia de un enemigo. Recuerdos de su infancia, de su conuco, de sus amigos, de su desgracia...

Cubriendo cuanto podía con su mensaje, y contemplando su obra, gritó desfallecido casi: -! Yuquiyú, Gran Señor, recibe y conserva mi obra! ¡Qué así como lo que más amé desapareciera sin dejar otra huella que mi dolor profundo, todo aquí desaparezca menos la piedra en que escribo! ¡Qué aquellos que no conocieron mi dolor, ni la angustia que motivó mi pena, sigan sin conocerla! Y ... que cuando ya no quede nada más de este mi pueblo, esta piedra siga guardando, en los siglos, el misterioso mensaje de mi pena ...

Cojibagua desapareció del abra del Coaibai. Un velo de misterio cubrió su partida...

Llegó el invasor y con él se fue diezmando la población indígena. Cojibagua y Guanaguax se unieron a las huestes defensoras de su fiero Cacique Jayuya. Y cuando la rebelión indígena cobró fuerzas, no había guerrero que tuviera menos apego a la vida que aquel poeta y su amigo.

Las Panduras, Los Picachos, Zama, Jauca y Coabey; dondequiera que estuvo el guerrero, oculto o en combate, ahí dejó huellas de su eterna pasión y poesía, su rebelión o su conquista ...



El tiempo pasó con rapidez. El indio se fue con el tiempo; víctima posiblemente de la mezcla de raza o el rigor de la conquista, pero el recuerdo del amor de Cojibagua quedó grabado, en la enorme piedra, atorada en la boca del enorme charco, cerrando la vorágine que se tragó tantas víctimas y que hoy llaman La Piedra Escrita.

Todavía hoy día, hay momentos en que sus tranquilas aguas se violentan. Y dibujando extrañas espirales en cadena que hacen difícil, aún a buenos nadadores dominarlas peligrosamente.

Hay muchas piedras escritas en Coabey, a lo largo de los ríos y aún en los montes, que parecen denunciar un mismo mensaje. ¿Sería acaso la mano de Cojibagua? ¿O algún cómplice compadecido que esparciera la copia de su conjuro? Y si no, ¿qué significado tendrán esas marcas que, en tan dura roca, han resistido el embate del tiempo? .

Ahí está la piedra. Sin saberse de donde ni cómo llegó para sellar la boca insaciable del Coaibai, al conjuro de un amante guerrero enloquecido por el dolor ante la pérdida de su amada, como un triste epitafio al amor eterno...

# GLOSARIO

1. ANAGUATÚ. *Flor de fuego : Ana-flor y guatú fuego.*
2. ANAIBOA. *Almidón de yuca. Flor de harina. Mujer hermosa.*
3. BOINIAEX. *Ídolo al que pedían agua y sol.*
4. CAYGUANÍ. *Anciano agricultor diestro en curar tabaco. Según “Las Casas” un territorio junto al Xaragua, en la Española.*
5. COAIBI. *Barrio de Jayuya, en el centro de Puerto Rico. Región donde iban los muertos.*
6. COJIBAGUA. *Fusión de cojiba (tabaco) y gua(sufijo). El tabaco, guerrero de ese nombre. Mar tabaco (cojibá bagua).*
7. CONUCO. *Labranza de los indios compuesta de maíz, yuca, ajos, frutales y batatas cerca de sus bohíos. Pequeño predio. Finca.*
8. DAJALI. *Plantas cuyas hojas parecían daquillas. Personaje niño cuyas orejas puntiagudas fueron motivo de su nombre.*
9. GUAJEY. *Güiro. Instrumento musical. Vegetal seco con rayas o ranuras que al rasparse con una espina suena seco.*
10. GUAMIQUINA. *Señor de tierra y agua. Gran Señor.*
11. GUANAGUAX. *Batata dulce. Nombre de valiente guerrero de franca sonrisa y dulce gesto.*
12. GUARIONEX. *Guerrero del centro de Puerto Rico. Cacique dueño del Otoa, en Puerto Rico.*
13. GUTIBIRÍ. *Pitirre, Pájaro gris admirado por su bravura.*
14. JAUCA. *Barrio de Jayuya. Lugar de enterramiento según Fray Ramon Pané.*
15. JIGÜERO. *Higuera. Fruto del higüero, que seco sirve de vasija.*
16. JUTIA. *Pequeño animal, semejante al conejo, que los indios cazaban y criaban para comerlos.*
17. MACABÍ. *Pez de muchas espinas. Personaje creado por el autor.*
18. MUKARÚ. *Múcaro. Buho de Puerto Rico. Cazador nocturno.*
19. SEME. *Deidad tutelar a al que temían.*
20. SIBAURUCO. *Lugar de piedras. Rico nitayno, poseedor de lomas pedregosas.*
21. SOBERAO. *Piso de tierra pulida.*
22. SOROBEL. *Algodón. Sarobey.*
23. TUREY. *El cielo. Tureyguá celestial.*
24. UIKÚ. *Bebida embriagante. Casabe fermentado con saliva de indias jóvenes.*
25. YOCAHÚ. *Yocahú Vagua Marocotí. Único y verdadero dios.*
26. YUCAYEQUE. *Poblado indígena. Lugar de yuca.*
27. YUQUIYU. *Dios principal de los taínos, cuya morada era el Yunque, donde un cacique loco se rebelaba.*

# **-AGRADECIMIENTO-**

*Quiero expresar mi profundo agradecimiento a las, personas e instituciones que de una u otra manera contribuyeron en la producción y publicación de esta obra. Son ellos:*

*~Sra. Aura Pierluissi de Rodríguez*

*-Sra. Daisy Morales, cuyas ilustraciones adornan el escenario.*

*-Sr. Alberto Suárez, quien por Su gestión ha logrado el entusiasmo del autor.*

*-Sra. Carmen Negrón, mi querida esposa, cuyo espíritu de sacrificio y abnegación me impulsan en la vida.*

*-Instituto de Cultura Puertorriqueña, Inc.*

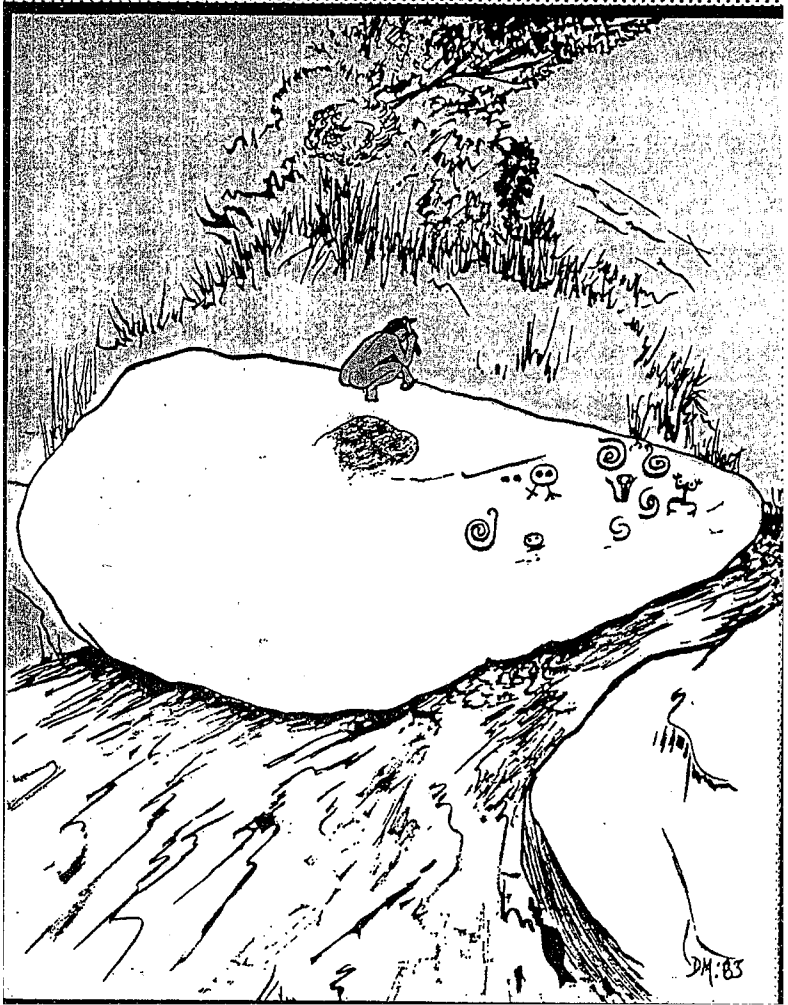
*-Nacional Endowment For The Arts*

*-Administración Municipal de Jayuya*

*-Centro Cultural Jayuyano, Inc.*

*-EL AUTOR-*





Pedro Antonio Morales

# LA " PIEDRA . ESCRITA

(Leyenda)

Pedro Antonio Morales

# **LA PIEDRA ESCRITA**

(Leyenda)

Primera.Edición

1987

# DEDICATORIA

A MI PADRE:

*Nacido en el corazón de esta tierra, donde los colores y la luz, los olores y los sonidos tienen una mística particular, revolotean en mi memoria recuerdos de otra época.*

*Me parece ver en cada sembrado, en cada montón, en cada era; arrodillado y diligente, hurgando la tierra con sus dedos, al naboria sencillo y dedicado de mi padre.*

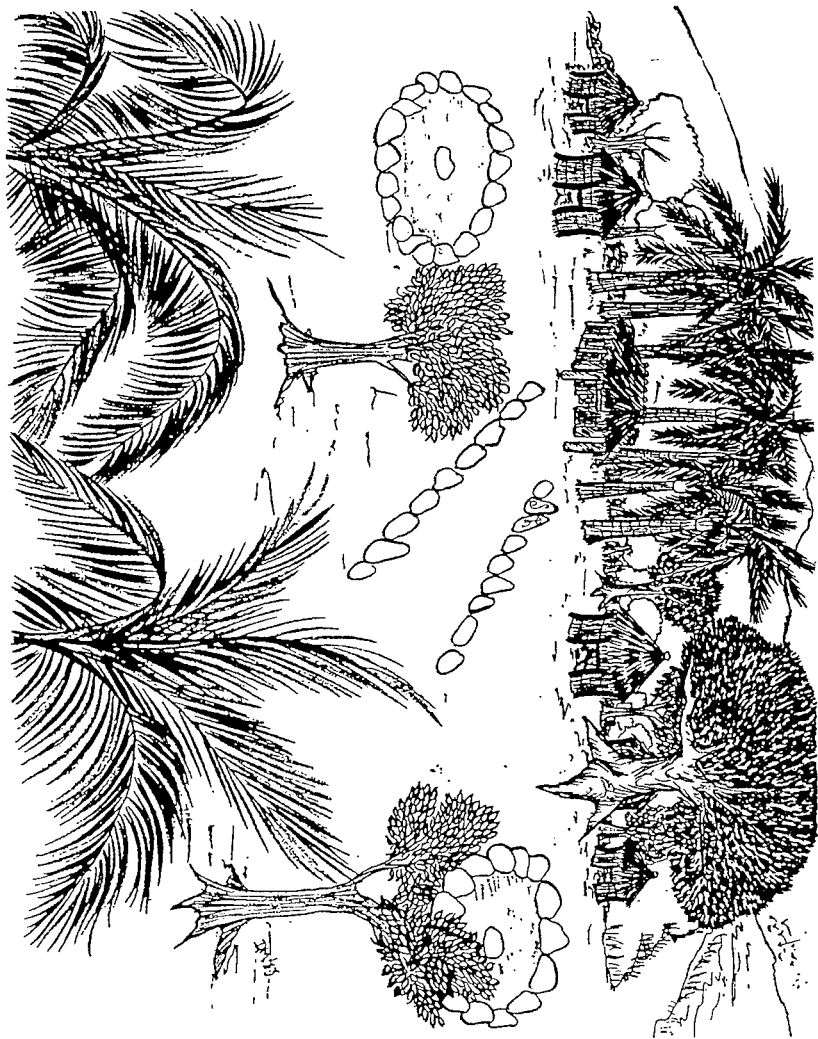
*El, que bañó desde su infancia, con su sudor, la fertilidad de este suelo bendito, supo extraer de sus entrañas el ciento por uno.*

*Su fe montaba residencia en su esperanza. Su amor por esta tierra superó cualquier otro cariño. Lo dio todo por mano tenerla y respetarla. A ella se entregó con la alegría y la vehemencia del desposado que reincide con la potencia de su virilidad.*

*Su color, su estatura, su generosidad, su mansedumbre, su tardanza para airarse; su honradez a toda prueba, su fidelidad .. , y todos sus atributos que lo hicieron integro, fueron objeto de mi admiración.*

*Jamás he podido olvidar a mi padre, el Cayguaní noble y sereno. A él dedico con toda la alegría de mi corazón y el respeto de mi conciencia, este humilde fruto.*

*Dondequiera que estés en la eternidad sean para ti mi respeto, gratitud y admiración.*



# LA PIEDRA ESCRITA

Hacia abajo del Boquerón, rumbo a Coabey, dejando atrás el pueblo bordeado por el cinturón que el río dibuja, se extiende la llanura del valle. En esa faja de campiña agreste, siempre verde, se desarrolla una de las más hermosas estampas de mi pueblo.

Sus personajes, desnudos como el cielo sin nubes, se mueven de un sitio a otro en su trajín diario.

Anaguatú, la más hermosa de las mujeres de la sabana, llenaba con su núbil inocencia el paisaje exhuberante. Su fidelidad superaba cualquier prueba. Su fama de mujer integra era bien conocida. Tan hermosa como tan fiel. En todo areyto de plenilunio, Guatibirí cantaba las endechas dolientes de secretos amores. Los jóvenes guerreros hacían lo indecible por complacerla, por llamar su atención. ¿A cuántos jóvenes había sido negada por esposa? Los que no comprendían por qué Cayguaní había accedido a darla por esposa a Sibauruco, viejo gastado y decrépito que poseía el más grande conuco de sorobei. ¿Sería acaso por eso? ¿Qué dote recibiría en cambio?

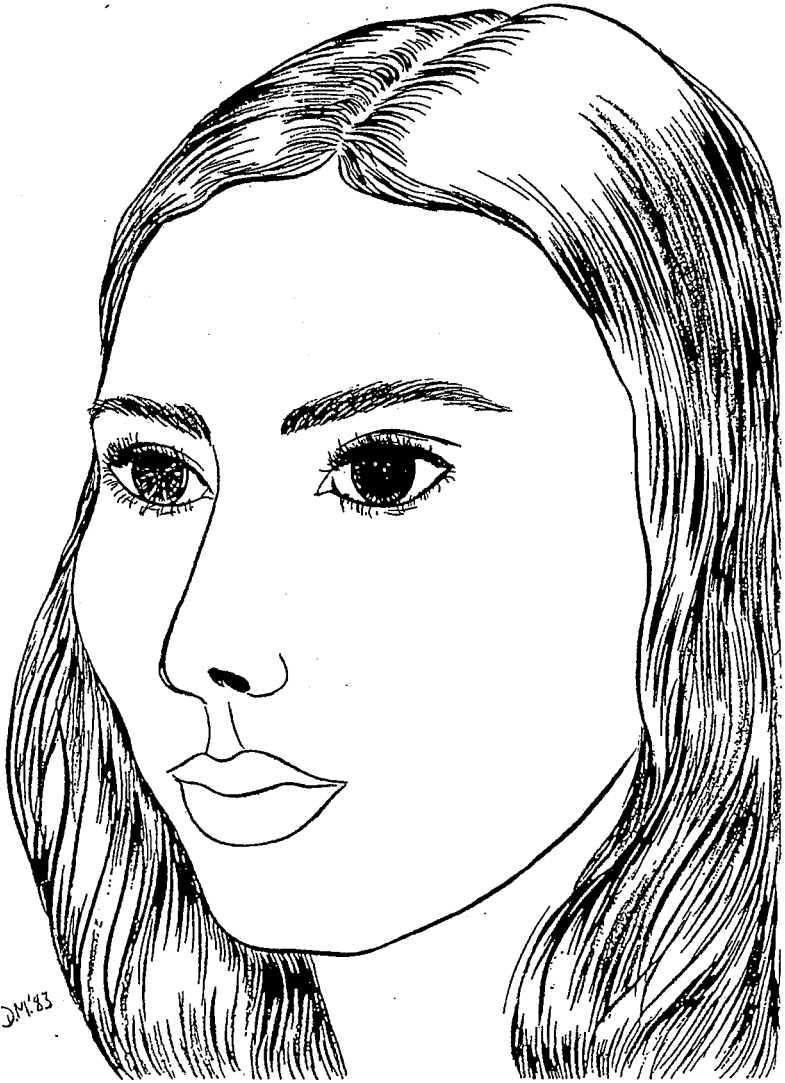
Todos recordaban el día en que Cayguaní y las doncellas llegaron al yucayeque. Les acompañaba Guanaguax, su primo, famoso por sus lides en compañía del valiente Guarionex, en los predios del Otoao. Recién llegados de Jauca fueron muy bien recibidos en el yucayeque del Coibai. Una persona celebró más la llegada de esta familia: Cojibagua, un joven guerrero

soñador y poeta, a quien había subyugado la singular belleza de las jóvenes iguales en todo por ser gemelas idénticas. Su corazón latió con fuerza poderosa al fijarse en las hermosas doncellas, tan bellamente iguales. Ese fenómeno que se despierta en el corazón de los que se enamoran a primera vista había obrado su extraño sortilegio. A la mediana distancia en que sus miradas se habían encontrado, el fuego de ellas, había moldeado una ilusión...

¿Cuál de ellas había despertado tan fuerte y repentino amor? Eran las dos de singular belleza, con sus formas femeninas casi perfectas, donde la desnudez como prueba y señal de la pureza dejaba todo al descubierto. No había nada que esconder al atrofiante germen de la malicia. Ambas parecían obras del mismo cincel, del mismo Guamiquina. Cojibagua levantó su mirada depositándola con ternura en los tímidos ojos de una de ellas, luego en la otra. Guanaguax nota el marcado interés y con disimulada picardía pasa entre ellos interrumpiendo el hechizo. Cojibagua interpreta su gesto y le sonrío. Desde ese momento un sentimiento filial les unió. La amistad que se establece entre ambos es parte importante en los elementos de este relato...

La vida en la aldea siguió su rumbo acostumbrado, y transcurridas varias semanas del encuentro de los jóvenes, Cojibagua ansiaba vedas. Ingeniándose un motivo decidió encaminarse al codiciado bohío. Al llegar las encontró desgranando maíz. Con disimulado nerviosismo las saludó con efusivo gesto. Cayguaní abandonó la lanza que afilaba y le extendió la mano con firmeza. Cojibagua la apretó con respeto. Y volviéndose a las jóvenes, entregó a cada una pequeña y lustrosa jutía. Estas, las recibieron con una hermosa sonrisa. Las colocaron en una amplia canasta y ofrecieron al joven casabe y salsa de ají. La noche caía fresca. Poco después abandonaba Cojibagua el bohío de Cayguaní.

Transcurrió el tiempo y Cojibagua no desperdiciaba oportunidad para verlas. Anaiboa con sus miradas a Anaguatú, sin embargo, Anaiboa se sentía perdidamente enamorada de él. En su interior acallaba el dolor de sentirse tan atraída por este hombre. El respeto a los sentimientos que exteriorizaba el guerrero por su hermana le impedía ser más abierta en su trato con él. Siempre había sido así. Ambas eran igualmente bellas y hermosas, pero Anaiboa se había lastimado su tobillo derecho, cuando



aún: era muy niña. Esto la obligaba a caminar más despacio para disimular su leve cojera que, aunque imperceptible, no pasaba desapercibida a los ojos de los demás. A medida que el tiempo transcurría, la amistad entre los jóvenes era fiel y sincera. A Guanaguax y Cojibagua, buenos amigos como tan buenos guerreros, dondequiera se les veía juntos. Anaíboa empezaba a ser mortificada por la angustia. En su interior de mujer discreta y apasionada, el amor por Cojibagua la atormentaba, pues éste sólo tenía ojos para su hermana, siguiéndola con la vista a todas partes.

Una tarde, mientras Anaguatú recogía unas fresas del camino, Cojibagua le declaró su amor y la procuró por esposa. Pero Anaguatú cándidamente sorprendida, disimulando su mal disfrazado nerviosismo, porque también lo amaba, declinó su petición amorosa. Le hizo saber que su abuelo Cayguaní y Sibauruco habían concertado ya su matrimonio; el que se efectuaría muy pronto: en el acabe de los boniatos. Ante esta noticia, el suelo pareció huir bajo los pies del guerrero. Su frente, tersa y soñadora, dibujó un surco de irrisión y tristeza. La amplitud de su frente se achicó; sombras de angustias nublaron su semblante; y hondo en su corazón, en el silencio de su íntimo dolor, maldijo en el recinto de su alma al viejo Sibauruco que se apoderaba de la que ya era dueña de su atribulado corazón. La miró con dureza y como si quisiera pedirle cuentas a Cayguaní, volvió la espalda y caminó rumbo al bohío. Al acercarse, lo encontró colgando unas hojas de tabaco. Su venerable seriedad le conturbó obligándole a desistir. Anaíboa pareció darse cuenta de la situación y solícita, como una samaritana, avanzó para ofrecerle un calabazo de uikú endulzado con moras, como si en ello estuviera entregando su corazón al hombre que amaba tan profundamente. Por primera vez, en este gesto, Cojibagua al aceptar el ofrecimiento, había tocado las suaves y delicadas manos de Anaíboa, las que le parecieron temblorosas al contacto de las suyas, heladas, con una frialdad de muerte. Miró los ojos de la joven y encontró los suyos en la profundidad de aquellos ojos negros, tiernos y apasionados, con los que había soñado tantas veces. Su mirada le pareció irrespetuosa para con Anaíboa y, casi de un sorbo, apuró el contenido del pequeño higüero. Un acceso de molestosa tos le sobrevino, como si una áspera espátula le raspara la garganta. La poca costumbre y lo fuerte del licor, unido a la rabia con que lo había ingerido,



casi lo afixia. Anaiboa palideció, pero una sonrisa de Cojibagua reciproco la angustia de aquel gesto doloroso de la enamorada india. Esa tarde fue mezcla de amargura y dulzura para ambos. Sin embargo, Anaguatú, triste y cabizbaja, con su rostro oculto entre sus manos lloró amargamente. Dejada atrás en la dolorosa escena, su corazón se desgarró de pena. Al entrar al bohío miró a Cojibagua en gеста silencioso, mustio, dolorosamente triste. Cajibagua no pudo resistir aquella mirada que hería tan dolorosamente su corazón. Hizo un esfuerzo, recobró su compostura, se despidió cortésmente y se marchó a su fría y solitario bohío...

La noche cayó lenta, pesada, negra. Una mezcla de ira y, piedad anegaba el alma de Cajibagua. El desconcierto del grillo. y el coquí le exasperaban. Intentaba dormir. Una estrella solitaria guiñaba desde lo alta, en las moradas de Yuquiyú, asomada par un agujero en la techumbre. No podía dormir. ¡Cuántas casas se le revolvían dentro! El crujido de su hamaca era más molesto que de costumbre: seca y morboso, insoportable...

La noticia del futura matrimonio de Anaguatú y Sibauruco le torturaba. ¡Si sólo fuera una pesadilla que al despertar cesara! Pera no., estaba ahí, coma una macabra jugarreta del destino, en un ambiente tensa, cama hacha de vencedor oscilando amenazante ante las ojos del vencido. Su corazón empezaba a marchitarse”...

Por un momento la templanza volvió a su corazón; recapacitó: ¿Cómo era posible que eso le ocurriera a él, que había resistido todos los dolores? Ahora se rendía ante lo que creyó un capricho del destino. Se estiró en su hamaca. Un múcaro se burló a lo lejas repetidamente...

Un profundo dolor, como una puñalada en el hombro., le hizo sacudirse en la hamaca. El canto del pitirre mañanero le avisaba: otro día asomaba su rostro. Le sorprendió lo pronta que amanecía. Se sacudió el brazo adormido por la incómoda posición de la noche pasada. Se encaminó al río donde acostumbraba espantar el sueño y recuperar fuerzas. La frialdad del agua le desperezó. Salió nuevo. . . .

Ya un bohío lanzaba al aire su primera bocanada de humo mezclándose con la neblina mañanera. Las tareas de un día más de trabajo se iniciaban en el yucayeque.

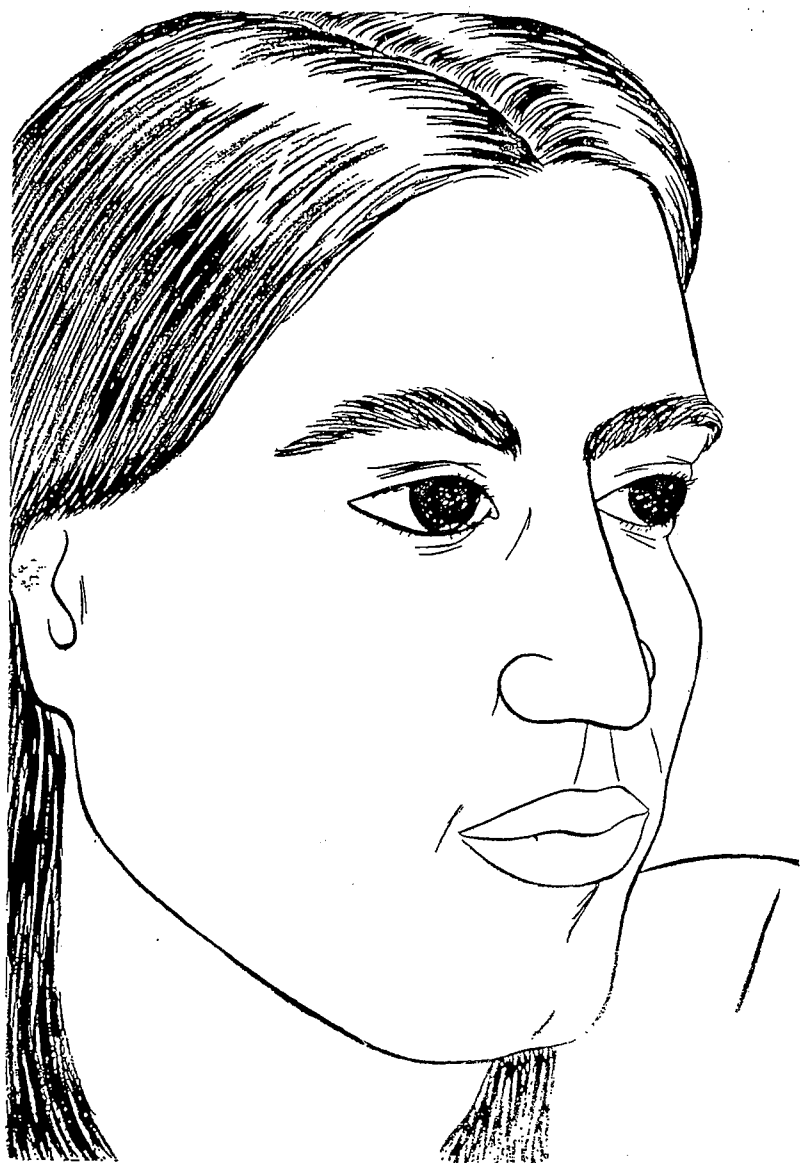
Muchos días pasaron. En el alma de Cojibagua una mezcla de sentimientos agitados perturbaba su ánima. Cada vez más próxima la boda de Anaguatú, tornaba el ambiente amarga y desesperante

para Cojibagua. Este, no había vuelto a visitar el bohío de Cayguaní y deseaba con fuerzas verlas. Ideaba como hacer para visitarlas. Un día mientras se acercaba al bohío un fuerte aguacero le sorprendido en el trayecto, obligándole a resguardarse en él. Las atenciones de que fue objeto de parte de Anaiboa le preocupaban: empezaba a gustarle su presencia. Se parecían tanto, pero en el fondo de su ser notaba que su corazón latía por Anaguatú de una manera distinta. ¡Cómo deseaba verla! Su ausencia era tan dolorosa como la asfixia. ¿Dónde estaría? , se preguntó en sus adentros. ¿Por qué no había salido? ¿Qué estaría haciendo? Aunque la presencia de Anaiboa mitigaba su pesadumbre, el deseo de ver a Anaguatú se revolvía en su corazón como un gusano al fuego. Lo triste era que la perspicacia de Anaiboa descubría su preocupación, sumiéndola en una mal disimulada melancolía que la hacía aparecer más bella. Una mezcla de muchos sentimientos arrasaba el alma de Cojibagua. Aquella tarde abandonó el bohío de Cayguaní con la tristeza de no haber visto a Anaguatú. Después del aguacero la noche cayó clara y serena, una luna pálida y seca embrujaba el paisaje. Desde la puerta siempre abierta de su bohío, Cojibagua miraba con tristeza el turey. ¡Cuántas ideas revoloteaban en su mente! ¡Cuántos personajes procuraban el primer lugar de sus pensamientos! Entrecerró los ojos procurando descansar, pero en vano. Los rostros de Anaiboa y Anaguatú, en vertiginosa sucesión, pasaban ante sus cansadas pupilas acosándolo. Así estaba cuando le pareció escuchar una voz. Puso mayor atención. Efectivamente, escuchó la voz del pequeño Dajilí llamándole desde el camino. Vino a decirle que Anaiboa le esperaba en el arroyuelo. Se levantó de un salto y corrió al encuentro de la india. El corazón le latía con fuerza mientras corría cuesta abajo. Consideraba qué cosas podrían haberla obligado a procurarlo. Sus temores acrecieron al notar que Guanaguax la acompañaba. Al llegar a la pareja, saludó con fraternal entusiasmo a Guanaguax, y volviéndose a Anaiboa la notó angustiada.

— Anaguatú está muy enferma-, le dijo. .

—¿Qué tiene? - preguntó con desesperación Cojibagua. Anaiboa controló un sollozo, luego dijo: -No lo sé. Hace tres soles que el espíritu del mal la posee y no se levanta. El fuego se le sale por la piel. Pide que vayas a verla.

Cojibagua volvió atrás por su garrote, en forma de lanza, y luego se puso en camino hacia el bohío de Macabí, donde Anaguatú yacía enferma.



La luna se esmeraba en iluminar el arenoso sendero. La lentitud de la marcha de Anaíboa desesperaba a Cojibagua, que deseaba poder volar para llegar cuanto antes al ansiado bohío. Ni los ruidos de grillos y coquíes le distraían con su destemplada orquesta. La hermosura de la noche' pasaba desapercibida. Cada quien iba entregado a su propio pensamiento. ¡Cuánta angustia había en sus corazones! Un tiempo después llegaron cansados y sudorosos, corriendo casi, al bohío de Macabí. Un silencio mortal se había adueñado de la casa. En el batey, acurrucado junto a un tronco de maga, un gozque o perro mudo, enseñaba los dientes incapaz de ladrar. En el interior, un lúgubre sosiego merodeaba dibujando grotescas sombras en los tiznados tabiques de yaguas. El barrido soberao, iluminado a duras penas por una antorcha de tabonuco, que parpadeaba con desconfianza, ahumando con fruición la ya negra techumbre. Cayguaní, el anciano abuelo, sentado en un ture de viejo maderamen, delataba la presencia de la muerte. Al ver a los recién llegados trató de incorporarse. Anaíboa pasó de largo, entrando al aposento. Regresó luego en compañía de Macabí, el viejo curandero, quien haciéndole un gesto a Cojibagua, le indicó que pasara al aposento.

Allí quedaron a solas los amantes. Ambos enfermos. Anaguatú, asando en fiebre que la postraba y Cojibagua muriendo de amor. En silencio estuvieron por un rato. La mano de la joven entre las fuertes manos del guerrero. La alta fiebre y la fatigosa respiración de la enferma hicieron que el guerrero se inclinara sobre ella besándola en la frente empapada de sudor. Buscó un pedazo de tela y comenzó a secar el sudor que corría por el rostro. Mucho rato estuvo cuidando de ella, hasta que adormilado se rindió momentáneamente al sopor. La mano que aprisionaba entre la suya le sobresaltó.

-¡Te amo! -, le pareció escuchar como un susurro: - ¡Siempre te he amado ¡-volvió a escuchar.

Como si no quisiera dar crédito a sus oídos, entreabrió los ojos; le parecía estar soñando. Anaguatú, con una débil, pero hermosa sonrisa le observaba. La alegría le hace ponerse derodillas.

Y ella prosigue-Anaíboa también te ama mucho. Me lo ha confesado. Hemos decidido respetar tu amor. Que no seamos rivales. Mi abuelo lo sabe y ha accedido acatar la decisión que hemos tomado. Pronto irá a notificarte mi sentir a Sibauruco. Mi decisión será respetada mientras no me case con nadie más.- Apretó los ojos y se quedó en silencio.

- ¿Pero, que será de mí? - protestó Cojibagua con desespera-

cion, como si le burgaran dentro del pecho con afilada flecha, con sana cruel.

-Yocahú entienda y bendiga nuestro sacrificio-susurró Anaguatú, como si aquel fuera su último hálito de vida. No dijo mas. Cerró los ojos; parecía no respirar. El mancebo llamó a Anaiboa, la que entró enseguida acompañada de Macabí.

Con el agua que habían colocado afuera, al sereno, con hojas y raíces en una tinaja, fueron bañando la frente y el cuerpo lentamente con la olorosa infusión. El toque frío devolvió a la enferma a su doloroso estado y abrió de nuevo sus ojos. Cojibagua fue precisado a abandonar la habitación. No opuso resistencia. Al sentir la mano de Anaiboa en su brazo se dejó llevar, aunque la miró con extrañeza.

Guanaguax; Cayguaní y Dajilí estaban afuera de la choza. Hablaban en voz baja. Callaron al acercarse Cojibagua. Le preguntaron con un gesto. Otro gesto recibieron por respuesta.

Era tarde ya. La luna pintaba todo en mitad del cielo de un amarillo pálido como el oro del río. No había nubes, pero el semblante adusto y sombrío de aquellos hombres presagiaba tormenta. Noche triste...

En el aposento sonaba el ruido de voces calmadas. Hasta le pareció escuchar que alguien reía en voz baja. Tiempo después, Anaiboa salió de la habitación con una cándida sonrisa de esperanza.

- ¡Todo ha cambiado! ¡Cedió la fiebre! Pidió de comer y ahora duerme:-Cojibagua la acarició con los ojos y le sonrió. Ella le correspondió dichosa.

El nuevo amanecer era esplendente. Todo era muy hermoso. El rigor de la noche pasada se manifestaba en el semblante del apuesto guerrero.

Pasaron los días. El areyto del acabe se acercaba. La cosecha había sido abundante. Yuquiyú sería loado. El agradecimiento a Boiniaex por la salud de Anaguatú tomaría lugar en la ceremonia.

Por fin llegó el gran día. Todo se llenó de ambiente festivo. Gran algarabía se esparcía por el Coaibai... El uikú abundaba noche y día. Las mujeres lavaban y rallaban la yuca a la orilla del gran charco. Su esfuerzo no daba abasto por el consumo frecuente. Entre ellas, Anaguatú y Anaiboa rallaban yuca para el casabe. Los tambores, guajeyes y maracas llenaban el aire de tonos arrítmicos.

El día era hermoso. De repente, un grito desaforado hen-

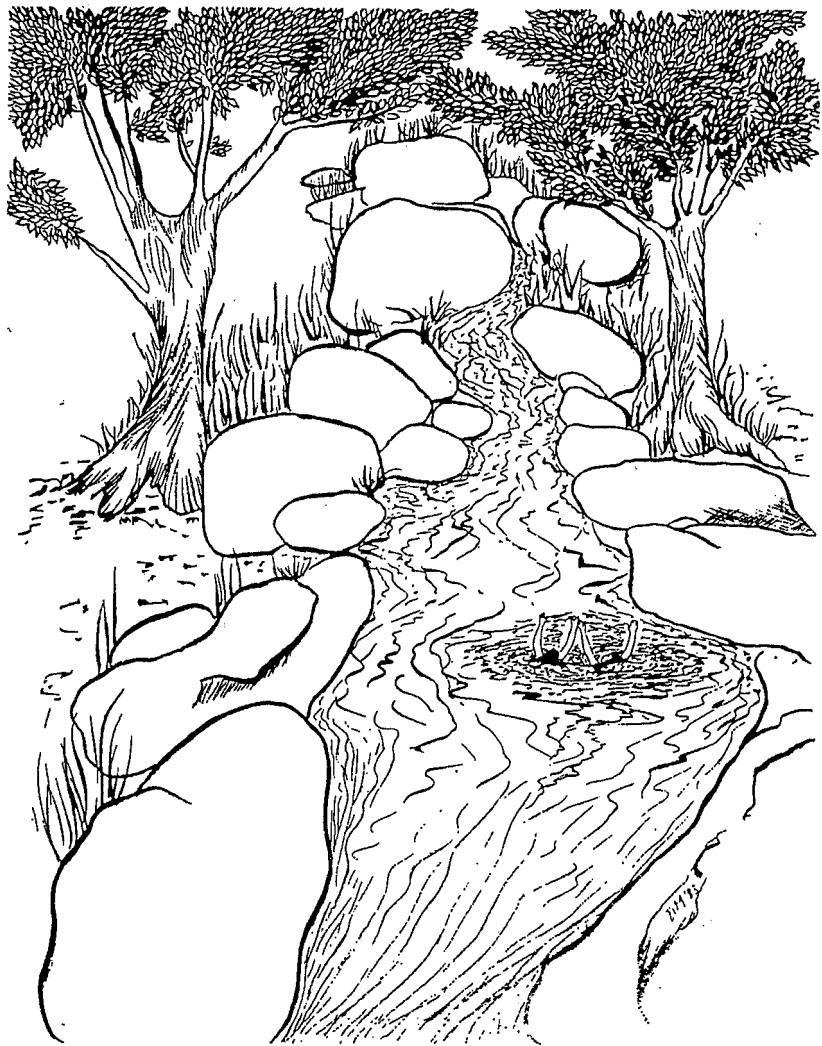
dió el espacio, como flecha lanzada por fuerte brazo y tenso arco. Todo el yucayegue se puso en carrera en una misma dirección, hacia la ribera del gran charco de donde había venido el grito de socorro, la llamada de auxilio. El charco cobraba otra víctima. El corazón de todos latía con fuerza.

¿Quién sería esta vez? Esa era la interrogante.

Había poco espacio en el borde del acantilado y muchas mujeres trabajando juntas, con el apuro característico de estas circunstancias. Anaíboa fue a caminar por el borde del charco con su tigüero lleno de yuca rallada, resbaló y fue a caer al charco, cerca del remolino. Debió golpearse al caer, pues buena nadadora como era, no hizo movimiento alguno y el remolino la arrastraba con fuerza, goloso. El tenebroso charco que tantas víctimas había cobrado, con aquella boca oscura e insatisfecha por la que el agua se precipitaba con violencia, amenazaba con tragarse también a Anaíboa. Anaguatú no esperó más. Al ver que su hermana era arrastrada por el remolino, salto al agua y nadó hacia ella tratando de librarla de la muerte segura a la que se acercaba. Nadó con fuerza inusitada, agarró a su infeliz hermana tratando de nadar con ella hacia la orilla, pero la presión era superior a sus fuerzas. La cuerda utilizada para estos casos, gastada y débil, cedió a la presión del remolino, rompiéndose. Los dos cuerpos se precipitaron desapareciendo en la vorágine implacable.

La desaparición de las gemelas en el remolino fue lo que produjo aquel grito desgarrador que puso en carrera a todo el yucayegue.

Cojibagua escuchó aquel grito y, sabiendo que Anaguatú y Anaíboa estaban entre las mujeres, corrió avasalladoramente. Llegó al borde del charco; miró con desesperación, buscando en todos lados a las hermanas y no las vio. Preguntó por ellas, la respuesta que obtuvo le heló la sangre. Sin esperar más se lanzó al agua, cercenando con su potente vista las profundidades del charco. Sus ojos sagaces penetraban las oscuras aguas con afán angustioso, buscando con rapidez el objeto de su tortura. Nada se descubría a sus ojos. Las aguas lo sepultaban todo. Mientras nadaba con desesperación, deseaba aunque fuera rescatar sus cuerpos y contemplarlos por última vez. Todo estaba en silencio, solitario, muerto. Las sombras tenebrosas en las aguas dibujaban macabras y burlonas siluetas. Cojibagua se apegaba temerariamente a una esperanza. Sus pulmones casi explotaban, obligándole a salir a la superficie. ¿Cuántas veces



había repetido la acción de entrar y salir del agua, agitado y decepcionado? Notaba, con angustia que la tarde transcurría y que la noche se precipitaba. Ironía. ¡Cuánto había deseado la caída de la noche para disfrutar en compañía de ellas los rigores del baile! ! Qué deliciosa necesidad de tenerla cerca!

¡Ay, Yuquiyú, cuánta desdicha ahora! ¡Dónde hallar reposo para su espíritu y consuelo a su pena!

El temblor de su cuerpo por la frialdad del agua le hacía parecer inseguro. Sus compañeros en la búsqueda, cansados, infructuosos, habían desistido dejándole solo.

Guanaguax, con una cuerda nueva entre sus manos, le avisaba lo próxima que estaba la noche y lo inútil de seguir adelante con aquella deprimente tarea. Por respuesta recibió una fría mirada, de ojos enrojecidos por el esfuerzo bajo el agua.

Incapaz Cojibagua de abandonar la búsqueda, trepó ágilmente por uno de los salientes del acantilado y gritó desesperado. Su doloroso acento rebotó de roca en roca.

- ¡Ay, Yuquiyú, desventurado de mí! ¿Cómo podré consolarme? ¿Qué endiabladas maboyas se han ensañado conmigo? ¡Para mí no habrá sol en la mañana, el día pasará hueco y vacío! La lluvia no caerá sobre esta tierra con la ternura de otro tiempo. El coquí cambiará su canción en la noche y marajo con su pálida luz no volverá a incitar jóvenes al romance. Su luz caerá sangrienta sobre la tierra mustia. La campiña no parirá su abundancia. ¡Ay, Gran Guamiquina de todas las cosas! ¿Quién podrá aliviar el dolor que me consume? Estas oscuras aguas se han convertido en el coibai de mi amor y mi dicha! ¡Oh, boca insaciable que ha tragado lo más bello y hermoso de esta tierra! ¡Anaiboa! ¡Anaguatú! ¡Alegría y fuerza mías, con qué gusto hubiera dado mi vida por salvaros!

El guerrero enmudeció de pronto, como si le faltara el aliento. Los ojos cerrados, apretados los dientes.

- ¡Yuquiyú, te suplico, óyeme! ¡Siempre he sido lo que quieres que sea! ¡Oye mi ruego! Haz que esta boca sedienta e implacable no vuelva a atormentar a nadie. Que este coibai no vuelva a ser tumba de nadie. Ciérrale para siempre, y dispón de mi vida si te place... Que los hermanos de otros tiempos futuros conozcan la historia de estas piedras, el dolor de mi ánima, toda mi incomparable angustia. ¡Ah, hermano sapo, de cara fea y espíritu magnánimo, que tu voz ronca custodie



este recinto y lo haga inviolable. Mukarú solitario, que en las noches te ríes del temor de los hombres y sacias en otro tu apetito, no calles nunca. ¡Cocuma de la noche, que apagas de repente dejándome en tinieblas dispuesto a maldecir, vuélveme a la luz! ¡Dame la razón que pierdo! ¡Qué mis ojos vean cumplida mi deseo! ¡Qué turey cierre esta implacable boca!

¡Que nadie más comparta esta tumba que se tragó mi dicha, oh: Guamiquina ... !

Los tristes conjuras de Cajibagua derramaban su tristeza sobre las vecinas que acudían a consolado.. Mujeres y hombres, jóvenes Y ancianos; todos mostraban su profunda tristeza. Bien conocían al guerrera y a las doncellas. Sombrío y adolorido, el infeliz Cojibagua, miraba a todos lados. No se detenía en nada ni en nadie, como si estuviera enajenado.

Poco a poco volvió a quedarse solo. Guanaguax, como una estatua con la saga enroscada en sus brazos, y éstos doblados sobre el pecho, la miraba solemnemente.

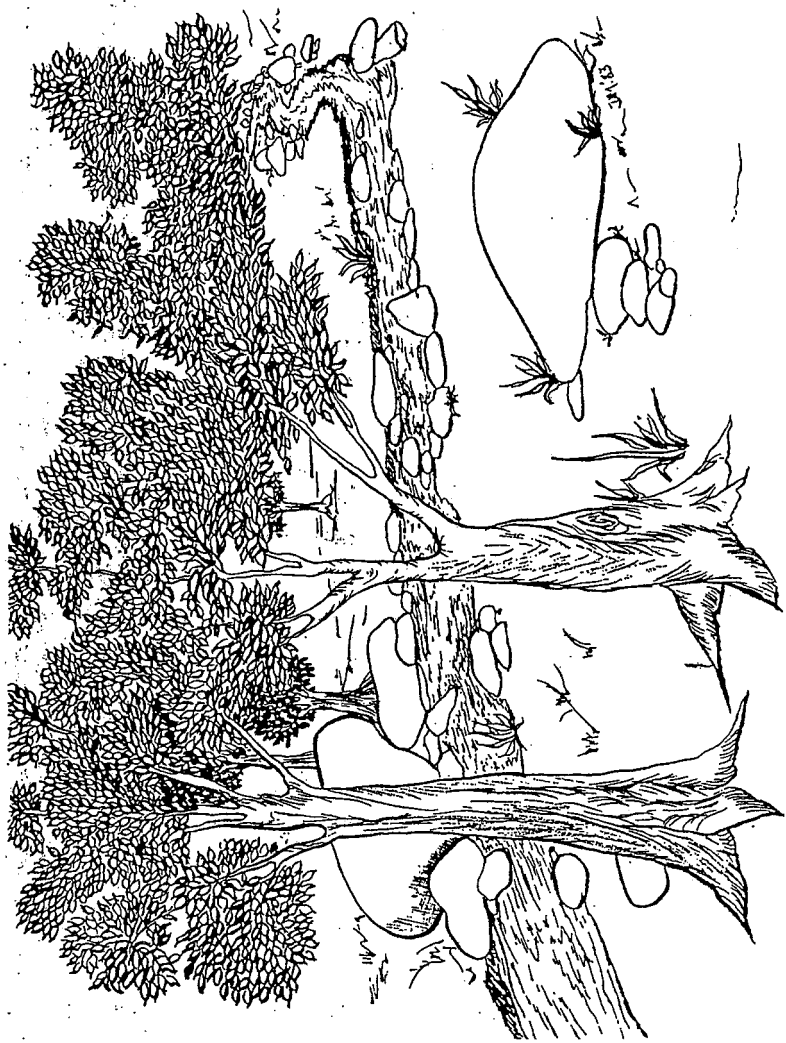
De repente, el fuerte retumbar de un trueno estremeció el acantilado. El cielo, con la caída de la noche se había puesto oscuro, y pesadas y negras nubes flotaban con lentitud. Un rayo surcó el espacio congestionado. Amenazaba llover. El guerrero permanecía ajeno a todo. No se inmutó cuando gruesas gotas caían sobre su cuerpo desnudo y recio. El charco empezaba recibir gotas que, como invisibles piedrecitas, salpicaban su superficie. Todo se ennegreció de pronto. La orquesta de coquíes y cigarras se desconcertó.

A empujones casi, Guanaguax logró conducir a su atribulado amigo a lugar seguro, en el bohío de Cayguaní. La tristeza que le embargaba parecía aturdirlo. La lluvia caía con fuerza sobre la techumbre del bohío. Un viento frío azotaba violento, obligando a resguardarse mejor. La lámpara de resina de tabonuco y yagua parpadeaba insegura. La noche era cada vez más lúgubre. Los relámpagos hendían el cielo como latigazos en la cara de un ídolo. El chasquido del rayo y el retumbar del trueno eran fieles emisarias de Jurakán. La lluvia no cesaba ni un momento. Las gotas caían como piedras sobre el bohío. Hacía mucho rato ya que llovía. Salían torrentes por todos lados. Y por entre el constante gatalear de la lluvia, de repente, como un retemblor de la tierra, que hizo. Crujir árboles y piedras a su paso con fuerza arrolladora, el

río volcaba su torrente desbocado rugiendo con fiereza. Su turbio caudal brillaba a la luz de los relámpagos como un mar embravecido. Cojibagua recobró su compostura. Le parecía aquella noche, la que pintaban sus ancestros en los australes y antiguos areytos, cuando los gemelos de Itiba Cahubaba derramaron la gigantesca calabaza de Yaya, llenando de agua toda la tierra y creando el mar. Noche terrible. Ningún ave, insecto o bestia, osaba abandonar su refugio. Varios días estuvo lloviendo con furia inusitada. Él valle quedó bajo las turbias aguas. Los vecinos se vieron precisados a trepar, aterrorizados, a las partes altas para salvar sus vidas. Y cuando ya parecía inminente el fin del mundo dejó de llover. Los surcos en la frente de Cojibagua se alisaron, suavizándose. El anciano Cayguaní, que había caído en trance de postración nerviosa desde la tragedia, no parecía reponerse, permaneciendo con los ojos cerrados. Guanaguax, ensombrecido, evitaba la triste mirada de su amigo, cuya tristeza aumentaba la suya.

Amaneció otra vez. Este amanecer era sin lluvia. La hinchazón del río cedía poco a poco y con ello fueron apareciendo rocas y plantas de la orilla. El cielo fue despejándose y a ratos, el sol asomaba entre las nubes. Cojibagua fue bajando con lentitud hacia el charco, a medida que las aguas descendían. Le llamaba la atención el torrente estrellándose contra algo, a la cabeza del charco, justo donde antes había estado el terrible remolino. La resistencia era tan completa, que hacía que el torrente se elevara cayendo con fuerza sobre las caras del acantilado, como si una cascada cayera del cielo. El guerrero observaba la majestuosidad del torrente, la gran crecida. Poco a poco devolvían las aguas lo que habían dominado. Desde el lugar donde de pie esperaba Cojibagua que las aguas volvieran a su nivel, observó con asombro, que allí, sin saber de dónde, empujada por la fuerza de la creciente una enorme piedra tapaba la boca del Coaibai. Ya no había remolino. Ahora, a pesar del torrente, las aguas corrían tranquilas entre dos caras de dura roca. Una sonrisa se dibujó en el rostro del complacido guerrero, que en señal de agradecimiento, levantó sus brazos al cielo y exclamó jubiloso: - ¡Yuquiyú, Yuquiyú, bendito seas! ...

Una mañana, de pie sobre la enorme piedra, buscó con insistencia en las profundidades del charco, pero como de costumbre, nada descubrió. Dirigió su mirada al cielo, el sol



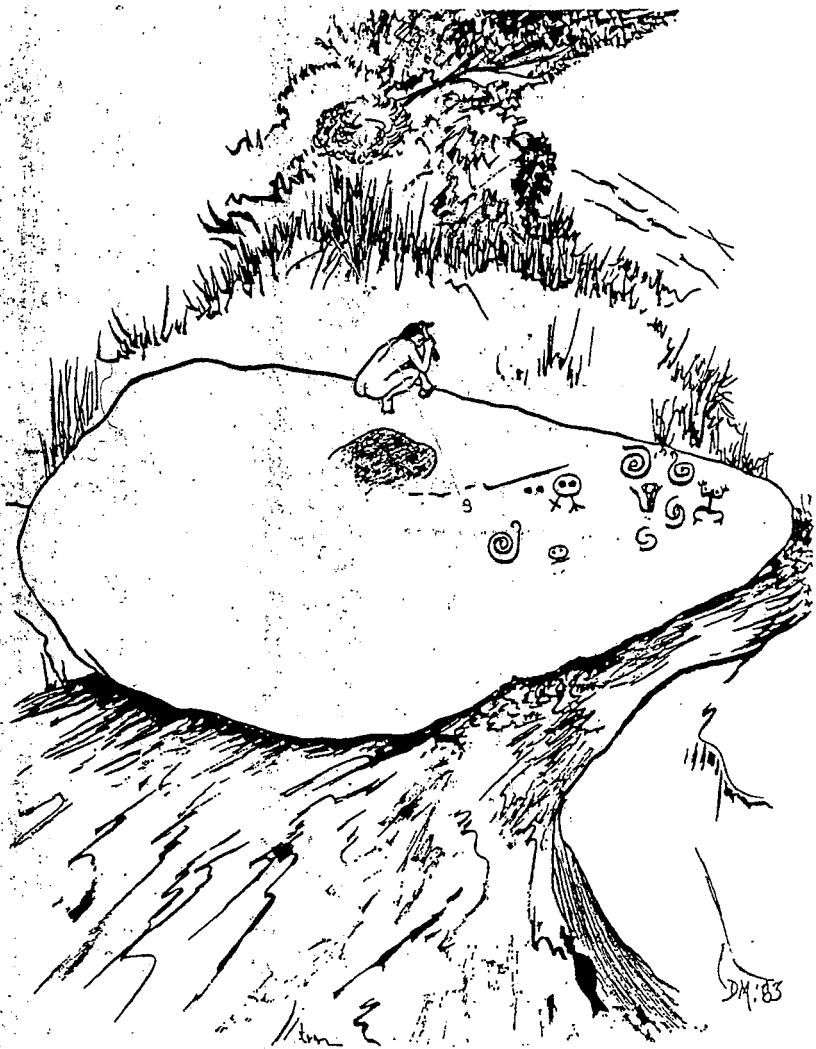
estaba alto y brillante, el fulgor le hirió los ojos, bajó la vista y se arrodilló sobre la roca con los ojos cerrados, en silencio: Así estuvo un rato; luego, respondiendo a un impulso, prorrumpió en un extraño y emotivo canto, como a los dulces acordes de lejana y exquisita flauta. Quien oyó su canción se detuvo a escucharla. Jamás areyto alguno sonaba tan hermoso y tan tierno. ¡Qué profundo silencio demandaba su cántico! Las mujeres lloraban, los hombres apretaban los dientes mirando a lo lejos, los niños no jugaban. El yucayeque entero aumentó su respeto por el guerrero que con tanto dolor lamentaba la pérdida de su amada. El sufrimiento pareció aclarar la madurez de Cojibagua. Y días después, sobre la dura piedra se le oyó martillar con insistencia. Extraños caracteres fueron saliendo a fuerza de cincel y martillo. Un doloroso mensaje, a manera' de epitafio, se escribía sobre la dura superficie. En aquella piedra taladró todas sus ilusiones, sus sueños y esperanzas. Habló a Narojo, a Turey, a Yuquiyú, a Jurakán y Maboya, a Jupía y Guabancex, Yuboa y Seme. Lentamente surgían aquellos rasgos que denunciaban su pena La historia de su amor trunco por la fatalidad o envidia de un enemigo. Recuerdos de su infancia, de su conuco, de sus amigos, de su desgracia ...

Cubriendo cuanto podía con su mensaje, y contemplando su obra, gritó desfallecido casi:-! Yuquiyú, Gran Señor, recibe y conserva mi obra! ¡Qué así como lo que más amé desapareciera sin dejar otra huella que mi dolor profundo, todo aquí desaparezca menos la piedra en que escribo! ¡Qué aquellos que no conocieron mi dolor, ni la angustia que motivó mi pena, sigan sin conocerla! Y ... que cuando ya no quede nada más de este mi pueblo, esta piedra siga guardando, en los siglos, el misterioso mensaje de mi pena ...

Cojibagua desapareció del abra del Coaibai. Un velo de misterio cubrió su partida...

Llegó el invasor y con él se fue diezmando la población indígena. Cojibagua y Guanaguax se unieron a las huestes defensoras de su fiero Cacique Jayuya. Y cuando la rebelión indígena cobró fuerzas, no había guerrero que tuviera menos apego a la vida que aquel poeta y su amigo.

Las Panduras, Los Picachos, Zama, Jauca y Coabey; dondequiera que estuvo el guerrero, oculto o en combate, ahí dejó huellas de su eterna pasión y poesía, su rebelión o su conquista ...



El tiempo pasó con rapidez. El indio se fue con el tiempo; víctima posiblemente de la mezcla de raza o el rigor de la conquista, pero el recuerdo del amor de Cojibagua quedó grabado, en la enorme piedra, atorada en la boca del enorme charco, cerrando la vorágine que se tragó tantas víctimas y que hoy llaman La Piedra Escrita.

Todavía hoy día, hay momentos en que sus tranquilas aguas se violentan. Y dibujando extrañas espirales en cadena que hacen difícil, aún a buenos nadadores dominarlas peligrosamente.

Hay muchas piedras escritas en Coabey, a lo largo de los ríos y aún en los montes, que parecen denunciar un mismo mensaje. ¿Sería acaso la mano de Cojibagua? ¿O algún cómplice compadecido que esparciera la copia de su conjuro? Y si no, ¿qué significado tendrán esas marcas que, en tan dura roca, han resistido el embate del tiempo? .

Ahí está la piedra. Sin saberse de donde ni cómo llegó para sellar la boca insaciable del Coaibai, al conjuro de un amante guerrero enloquecido por el dolor ante la pérdida de su amada, como un triste epitafio al amor eterno ...

# GLOSARIO

1. ANAGUATÚ. Flor de fuego : Ana-flor y guatú.
2. ANAIBOA. Almidón de yuca. Flor de harina. Mujer hermosa
3. BOINAEX. Ídolo al que pedían agua y sol
4. CAYGUANÍ. Anciano agricultor diestro en curar tabaco. Según “Las Casas” un territorio junto al Xaragua, en la Española.
5. COAIBI. Barrio de Jayuya, en el centro de Puerto Rico. Región donde iban los muertos.
6. COJIBAGUA. Fusión de cojiba(tabaco) y gua(sufijo). El tabaco, guerrero de ese nombre. Mar tabaco (cojibá bagua).
7. CONUCO. Labranza de los indios compuesta de maíz, yuca, ajos, frutales y batatas cerca de sus bohíos. Pequeño predio. Finca.
8. DAJALI. Plantas cuyas hojas parecían daquillas. Personaje niño cuyas orejas puntiagudas fueron motivo de su nombre.
9. GUAJEY. Güiro. Instrumento musical. Vegetal seco con rayas o ranuras que al rasparse con una espina suena seco.
10. GUAMIQUINA. Señor de tierra y agua. Gran Señor.
11. GUANAGUAX. Batata dulce. Nombre de valiente guerrero de franca sonrisa y dulce gesto.
12. GUARIONEX. Guerrero del centro de Puerto Rico. Cacique dueño del Otoa, en Puerto Rico.
13. GUTIBIRI. Pitirre, Pájaro gris admirado por su bravura.
14. JAUCA. Barrio de Jayuya. Lugar de enterramiento según Fray Ramon Pané.
15. JIGÜERO. Higuera. Fruto del higüero, que seco sirve de vasija.
16. JUTIA. Pequeño animal, semejante al conejo, que los indios cazaban y criaban para comerlos.
17. MACABI. Pez de muchas espinas. Personaje creado por el autor.
18. MUKARÚ. Múcaro. Buho de Puerto Rico. Cazador nocturno.
19. SEME. Deidad tutelar a al que temían.
20. SIBAURUCO. Lugar de piedras. Rico nitayno, poseedor de lomas pedregosas.
21. SOBERAO. Piso de tierra pulida.
22. SOROBEL. Algodón. Sorobey.
23. TUREY. El cielo. Tureyguá celestial.
24. UIKU. Bebida embriagante. Casabe fermentado con saliva de indias jóvenes.
25. YOCAHÚ. Yocahú Vagabundo Marrocotí. Único y verdadero dios.
26. YUCAYEQUE. Poblado indígena. Lugar de yuca.
27. YUQUIYU. Dios principal de los taínos, cuya morada era el Yunque, donde un cacique loco se rebelaba.

# **-AGRADECIMIENTO-**

*Quiero expresar mi profundo agradecimiento a las, personas e instituciones que de una u otra manera contribuyeron en la producción y publicación de esta obra. Son ellos:*

*~Sra. Aura Pierluissi de Rodríguez*

*-Sra. Daisy Morales, cuyas ilustraciones adornan el escenario.*

*-Sr. Alberto Suárez, quien por Su gestión ha logrado el entusiasmo del autor.*

*-Sra. Carmen Negrón, mi querida esposa, cuyo espíritu de sacrificio y abnegación me impulsan en la vida.*

*-Instituto de Cultura Puertorriqueña, Inc.*

*-Nacional Endowment For The Arts*

*-Administración Municipal de Jayuya*

*-Centro Cultural Jayuyano, Inc.*

*-EL AUTOR-*